

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

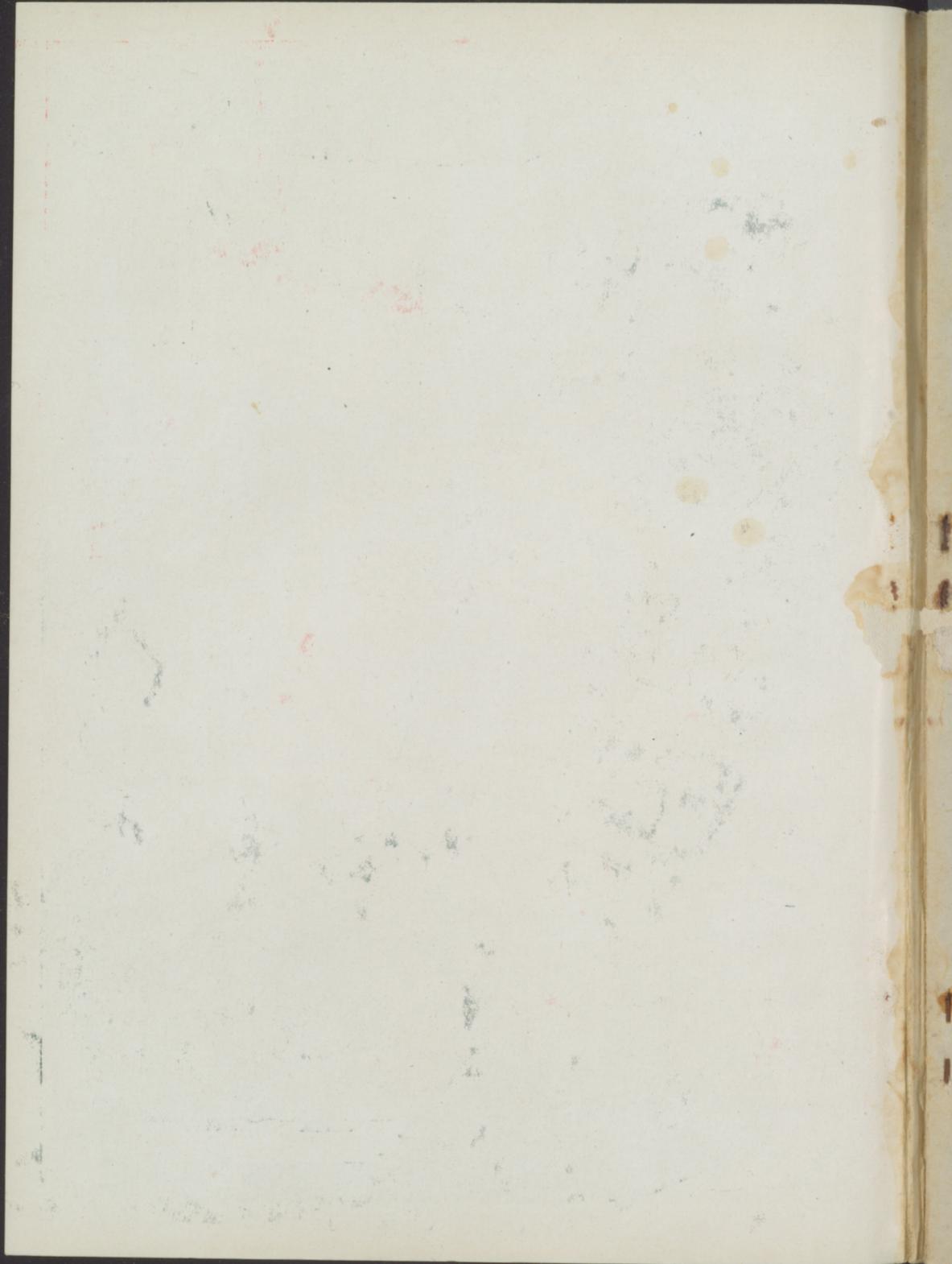
CASADOS *sin* CASA

MARTHA SCOTT
DENNIS O'KEEFE

★
POLA NEGRI
★
ADOLPHE MENJOU



Editorial  Alas





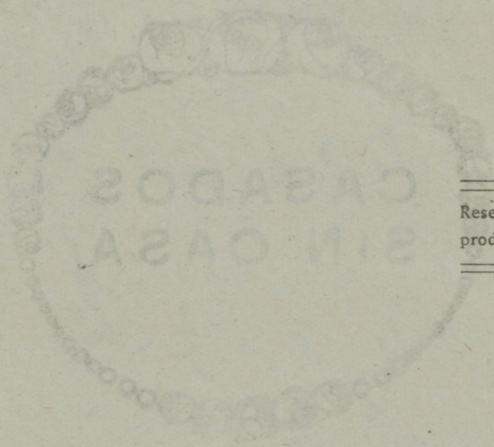
CASADOS
SIN CASA

AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARBARA, 14 y 16
BARCELONA

TETUAN, 19
MADRID



Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70667 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16, Barcelona-Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL

ALFA

AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 67

NUM. 319

CASADOS SIN CASA

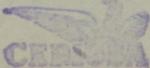
ORIGINALÍSIMAS peripecias y la más desenfundada carrera de obstáculos de una pareja de recién casados, desde la boda a la luna de miel... La más alborozada y trepidante farsa... Súbitas revelaciones, alegres aventuras, ingeniosos ardidés; el amor de un padre decidido a conseguir la dicha de su hijo. En esta narración se reúnen el dinamismo y la despreocupación en los fastuosos escenarios de la retaguardia norteamericana. Y todo acaba bien, como en los cuentos.

La simpática figura de un truhán coronel la realiza **Adolphe Menjou**, secundándole la ingénua y nueva estrella **Martha Scott**, en el gracioso papel de recién casada, con **Pola Negri**, volcánica intérprete de **Wagner** y **Dennis O'Keefe**, prestigioso galán.

ARTISTAS ASOCIADOS

UNITED
ARTISTS

RAMBLA CATALUÑA, 60 Y 62 --- BARCELONA

UNA EXCLUSIVA

CERES

PRINCIPALES INTERPRETES

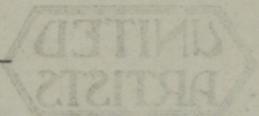
<i>Héctor Phylfe.</i>	Adolphe Menjou
<i>Janie Prescott.</i>	Martha Scott
<i>Cenya Smettana.</i>	Pola Negri
<i>Lunny Phylfe.</i>	Dennis O'Keefe
<i>Marta Prescott.</i>	Billie Burke
<i>Senador Sipson.</i>	Walter Kingsford
<i>Sandra Quayle.</i>	June Havoc
<i>Pedro Warrington.</i>	Barton Hepburn

Productor y director:

Andrew L. Stone

Narración literaria de

Juan M. Larraya



CASADOS SIN CASA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

UNA BODA RETRASADA

CUANDO el senador Simpson entró en la casa de la novia y vió el vestíbulo lleno de invitados que comían alegremente en torno de la mesa o charlaban con animación, se le antojó que el mundo se le venía encima, puesto que había cometido el inexcusable error social de llegar tarde a la boda de la hija de su más íntima amiga. Entretegió, pues, con el rubor consiguiente, el sombrero al criado y maldijo a las tareas parlamentarias que no le dejaban vivir.

Pero la cortés reverencia del criado al tomar la prenda fué acompañada de una noticia tranquilizadora.

—No se preocupe usted, senador; el desayuno de boda está empezando ahora.

Posiblemente esto era un consuelo para el criado, mas no para el senador.

—Pero perdí la ceremonia — se lamentó.

—No; aun llega a tiempo de verla. No es el único que falta.

A lo que el senador, deteniendo su movimiento de avance, preguntó alarmado:

—¿Cómo dice usted?

—Que aun no se ha celebrado.

—¿Sirven el almuerzo antes de la ceremonia? ¡Qué raro!

—Eso mismo piensan todos.

—¡Eh!

Sin embargo, no tuvo tiempo de entrar en más averiguaciones. La novia, la linda Janie, corrió hacia él con las manos extendidas y envuelta de una nube blanca, que, en reali-

dad, era su vestido nupcial. Era evidente que estaba nerviosa, aunque lo disimulara lo mejor posible.

—Senador Sipson, cuánto me alegra que haya venido.

—No podía perder la única ocasión que tendré en mi vida de besar a la novia.

Después de hacer lo que anunció y de la risa con que Janie celebró el convencional chiste, ésta le invitó a comer algo.

—No; primero quiero felicitar al novio.

—¡A Lunny!... Pero si no ha llegado aún.

Nuevamente la exclamación de sorpresa del senador se perdió en la noche del olvido, pues su entrañable amiga, la madre de Janie, se precipitó a su encuentro haciendo escandalosos esfuerzos para no estallar en lágrimas.

—¡Querido Jimmy, sabía que tú al menos no nos abandonarías!

—Lunny no nos ha abandonado —se encargó de protestar la novia—. Es que su barco todavía no está aquí. Pero vendrá en cuanto le sea posible.

El senador, por fin, comprendió lo que acontecía y que, además, Janie no estaba muy segura de lo que había afirmado, puesto que con una excusa se alejó de él esquivando sus

reproches. Marta le llevó hasta la mesa del almuerzo y le explicó:

—Aquí nos tienes celebrando la boda antes de la ceremonia, cuando no hay nada que celebrar, ¿verdad? —se rió sin ganas, y preguntó—: ¿Quieres ensalada?

—No, gracias, no.

—Todo el mundo está aquí hace varias horas y temía que no lo resistieran sin alimentarse. Pero no sé por qué razón se van a quedar después de comer, a menos que les prometa unos helados.

El senador reflexionó sobre la contrariedad de su amiga y el mal rato que estaba pasando y se reservó los comentarios para mejor ocasión. Y alabó:

—Eso es. Te advierto que la mesa tiene un aspecto muy atractivo.

Marta le puso un plato entre las manos y le hizo sentar en un sillón, mientras decía:

—Gracias. Ahí tienes tu desayuno; siéntate y come tranquilo.

Janie, que desde la entrada del senador había estado revoloteando de grupo en grupo de invitados, se acercó a Pedro, su desairado pretendiente, y le preguntó qué le parecía la fiesta. El joven se mordió los labios y respondió con sequedad:

—No puedo estarlo, y tú lo sabes. Me parece que por lo menos el pa-

dre de Lunny debía estar aquí— y el resto de los invitados le apoyó.

Janie, más y más acógojada, anunció:

—El coronel Phyffe tiene siempre mucho que hacer. Telefoneó diciendo que lo sentía muchísimo, pero que no podía aplazar una reunión muy importante para su negocio.

La hilaridad que despertó en los invitados el anuncio de los negocios del coronel sin duda hubiera herido profundamente a este digno personaje, cuyo orgullo corría pareja con su frescura, el cual en aquel preciso instante ordenaba al chofer de un lujoso automóvil, que le esperara y luego se dispuso a entrar en su casa, pero al ver al elegante y orondo portero, se detuvo.

—Bueno, ¿cómo estás, Miguel?

—saludó—. Me parece que te debo unos dólares.

—Sí, señor. Si mi memoria no me falla, quince — contestó con presteza.

—Sí; ¿tienes cambio de veinte?

Con una afirmación el portero se echó mano al bolsillo con una celebridad que demostraba que el crédito del coronel no estaba en muy buena situación, y le tendió el cambio. El deudor se lo guardó tranquilamente en la cartera.

—Gracias, Miguel; ahora te debo veinte.

Como se ve, el coronel era un hombre muy atareado. A renglón seguido telefoneó a un bar del muelle, advirtiéndole su próxima llegada y entró en el departamento que ocupaban él y su esposa, la gran cantante de ópera wagneriana, Genya Smettana.

El beso de salutación que el coronel le dió, con intención mucho más profunda que la aparente, estuvo condenado a no surtir efecto. La cantante, cuyo temperamento y carácter eran sumamente explosivos, disputaba con el pianista y el director de la Opera, por si el primero le había o no mirado con malevolencia durante el ensayo.

El coronel se resignó a aguardar el fin de la discusión, que se hizo interminable hasta que la Smettana aseguró, haciendo dar un salto al director, que no cantaría a menos que el pianista no desafinara.

El coronel fué puesto como testigo; la Smettana lanzóle una de sus célebres miradas demoledoras y tuvo que callar. Pero el pianista, indignado, insistió:

—¿Así tocaba yo?— y desafinó con toda su alma.

—No lo sé; no lo he oído—se escabulló el coronel.

—No me extraña que no lo oyerá; mugía de una manera que no se oía la música.

Arreció la disputa, haciéndose interminable. Pero, por último, el pianista se despidió a cajas destempladas y se marchó dando un portazo. La cantante se apaciguó ante aquel pequeño triunfo de amor propio.

—Bueno, ¿qué es? ¿Qué querías? —preguntó al coronel.

—Genya, vida mía, ¿puedes prestarme veinticinco dólares? Es que se se casa un amigo mío...

—¿Y por qué tienes que pagarle tú la boda? ¿Es de tu familia acaso?

—¡Claro que no, nena! Pero tengo que comprar un obsequio.

—¿Y por qué tengo que comprarlo yo? ¿Por qué no lo compras con tu asignación? Tienes los gastos cubiertos, tu vida la resuelvo yo, ¿qué haces con los veinticinco dólares semanales que te doy?

—Bueno, no hablemos más, ya me arreglaré—suplicó el coronel.

Se dirigió a la puerta, pensando en el inconveniente de ser un hombre maduro, de tener un hijo ya mayor y de estar casado con una mujer semejante a un volcán en erupción. La cantante y el director reanudaron el ensayo y él abrió la puerta al sonar el timbre.

—¿Madame Smettara?—preguntó un botones, alargando una caja.

—Sí—contestó el coronel haciéndose cargo de ella.

—El bigote me despistó—comen-

tó el botones, aceptando la propina.

Sin escrúpulos, el coronel desempaquetó la caja, la cual encerraba una nota de la dirección de la Opera, dirigida a la Smettana, significándole su admiración, que se resumía en la apariencia de un magnífico ramo de flores. ¿Era o no una buena venganza quedarse con él, regalárselo a Janie?... Por lo menos suponía un ahorro.

Cuando llegó al puerto, el barco de Lunny ya había entrado en él. No obstante, el coronel penetró en una taberna y fué acogido como persona muy conocida. Se echó al coleteo un vaso de licor y pidió otro, que bien lo necesitaba.

—¡Qué coche tan lujoso ha traído usted!—alabó el barman.

El coronel, que le adeudaba algunos favores monetarios, se echó el sombrero de copa hacia atrás, apresurándose a responder:

—Lo tengo a prueba nada más, pero quiero que el chico crea que es mío. ¡A tu salud!

El barman remedó su gesto y chocaron los vasos.

—Está muy orgulloso de su hijo, ¿verdad?

—¿Por qué no? Oye, Bill: quiero que me hagas un favor, no me lo niegues. Coge a uno de tus satélites y que lleve unas flores a mi mu-

jer con esta tarjeta, un ramo... de unos diez dólares.

Le tendió la tarjeta de la directiva de la Opera y el barman empezó a barruntar de qué se trataba.

—¿Y dónde están los diez dólares?

—Préstamelos tú, luego te los daré.— El barman lanzó un gruñido de duda, y para esquivarlo, agregó: Ya viene mi hijo. Adiós, Bill.

El coronel cruzó entre los marinos que empezaban a llenar el muelle y se encaminó hacia el desembarcadero del buque de guerra, pero le salió al paso el chofer del auto a prueba, que, destocándose, dijo:

—Perdone, coronel Phyyfe. No podemos emplear más de una hora en pruebas de coche.

—¡Claro, claro, muchacho! Lo comprendo perfectamente; voy a buscar a mi hijo para que lo vea y dé su aprobación.

Si no convencido, cuando menos esperanzado quedó el conductor y le dejó ir sin más dilaciones. Mientras el coronel buscaba a su hijo en el desembarcadero, el barman llamó a un muchacho y le alargó unos billetes y la mencionada tarjeta.

—Ve a comprar un ramo de flores y llévalo a madame Smettana, la cantante de la Opera. Pon esta tarjeta dentro. Cómpralo de cinco dólares, pero no sises nada.

—¡Vaya una advertencia! Soy tan honrado como usted—dijo el muchacho con dignidad.

—Es lo que me preocupa—repuso filosóficamente el barman.

El coronel divisó a su hijo gracias a su elevada estatura que hacía sobresalir su gorro blanco de marinero sobre la cabeza de sus compañeros. Ambos se parecían como un huevo a una castaña, diferencia que aumentaba el hecho de que Lunny se tomaba la vida en serio y de que llegaba con retraso a su boda. Se abrazaron, y el coronel dijo:

—Llegáis con retraso.

—Sí, lo menos tres horas. No sé lo que estará pensando Janie, y sentiría que se disgustara porque la quiero más que a nadie en el mundo. Vamos a tomar un taxi, papá.

—Tengo aquí mi coche. No está del todo mal, ¿verdad?

Lunny miró con los ojos muy abiertos al lujoso vehículo. Después, con una terrible idea hincada en la mente, le cogió del brazo y le detuvo.

—Un momento, papá. No te habrás metido en algún asunto feo, ¿eh?...

—Nada de eso, hijo mío. Tienes un padre honrado y puedes presumir de él. Hice una gran jugada de bolsa y gané mucho dinero. Pienso se-

guir ganándolo, es muy sencillo. A propósito, ¿y tu equipaje?

Lunny se levantó el borde trasero de la marinera y exhibió un cepillo de dientes atravesado en dos ojales del pantalón. El chofer no les dió tiempo a seguir conversando, pues en cuanto distinguió al joven se apoderó de él y exhibió los adelantos del auto, sorprendiéndole con su «entusiasmo». El coronel intervino a tiempo para cortar posibles sospechas.

—Está entusiasmado con el coche.— Se volvió al conductor y ordenó:— No se entretenga más; vamos, que tenemos prisa.

Entraron y se aposentaron en el asiento trasero sin que los panegíricos cesaran. Tanto fué así que Lunny se sintió irritado y repitió la orden de su padre, logrando que pusiera el coche en marcha.

—No se impaciente, señor. ¿Sabe usted que hay guerra?

—Sí, eso he oído—gruñó Lunny, consultando el reloj—. ¡Qué tarde! Es horrible hacer esperar tanto a Janie.

—No debiste fijar fecha para la boda sin saber cuándo llegabas.

—Es que creí que lo sabía y no tengo más que dos días de permiso. No puedo perder ni un minuto.

En casa de la novia surgió un nuevo contratiempo bajo la forma

de un apurado y atareado pastor, que como hipnotizado llegó junto a la novia y pidió hablar con su madre. El corazón de Janie se encogió al oírle mencionar de un apuro, por la sencilla razón de que aquel tembloroso pastor era el que tenía que casarla.

—Yo ya procuré disculparme, pero... Molly Offenburg insistió tanto que... Además... como tengo una bicicleta...

—No entiendo lo que dice—exclamó Janie.

—He de bautizarlos. No sabía que la boda se iba a retrasar tanto. Me están esperando, no sé cuánto tiempo hace que me esperan. ¡Ah, es bástante más de una hora!

Madre e hija entendieron, por último, a qué se refería el hombrecillo y la segunda se retorció las manos.

—No tiene mucha importancia que se aplace un bautizo, pero una boda es distinto—explicó la novia con toda la suavidad compaginable con su malhumor.

—Es que Lunny es marinero—apremió Marta para conmovederle—. Se me ocurre una cosa. Ya sé que no es posible combinar una boda con un bautizo. Pero podíamos celebrarlo aquí. Y nuestros invitados tendrán entretenimiento hasta que llegue el novio.

El pastor titubeó unos momentos antes de ceder. Pero también le había picado el virus de la guerra y del estado de ánimo especial consecuente.

En cuanto al coronel y a su hijo, las cosas entraron por la vía de la normalidad arrullados por el susurrar del coche, que salvaba las dificultades del tráfico con la velocidad de una centella. La tensión de Lunny cedió y ambos se sintieron mucho más a gusto; mejor dicho, el marinero se encontró más a sus anchas y empezó, con gran temor de éste, a interesarse por su padre:

—¿Con que ya eres un señor serio?

—Sí; mis locuras acabaron—dijo no muy convencido—. Mi... mujer es una persona muy importante. Sí, me casé hace seis meses con una cantante de ópera, Genya Smettana.

El nombre no dijo nada a Lunny, pero se esforzó en simular interés:

—No sabía que fueras aficionado a la música.

—Sí, debió ser por la música—aseveró meditabundo su padre.

El chofer, claro está, únicamente se preocupaba de su negocio y no había oído las últimas palabras del coronel, puesto que se lo impedían su atención y el ruido del motor. Así pues, inesperadamente anunció:

—Claro, es que de segunda mano... pero se conserva bien.

Lunny exhaló una pregunta estupefacta que reprochaba a su padre el poco cuidado que tenía con los criados. Este se le adelantó y aclaró:

—El coche.

—Tiene unos arañazos en el frente y unas quemaduras de cigarrillos.

—¿El coche?—indagó el marinero, desorientado.

—El coche—afirmó el coronel.

—Supongo que conoceré a tu mujer en la boda.

—No, hijo; me parece que nunca te presentaré a Genya. ¡Lo siento! Si he de decirte la verdad, hijo, es bastante más joven que yo y cree que tengo cuarenta y dos años. A poco que calcules comprenderás que no puedo tener un hijo de treinta. No tengo más remedio y espero que no te importe.

—Claro que no, papá, si eres feliz con ella...

El coronel frunció el ceño y sopló una mota de su pantalón antes de contestar:

—No diría yo tanto, pero vivo más cómodo en su compañía que sin ella...

El chofer se volvió hacia ellos y replicó entusiasmado:

—Carburó muy bien y tiene mucho aceite.

—¡El coche! — respondieron al unísono los dos pasajeros.

Durante esta conversación, los gemelos llegaron a casa de la novia en brazos del pastor y de la madre, acompañados por los invitados al acto. Todos acudieron a recibirlos bromeando por la inesperada casualidad que mezclaba una boda con un bautizo. Marta, la madre de Janie, cuya linda cabeza estaba tan vacía de cordura como llena de aire, era la que más se entusiasmó:

—Son una preciosidad. ¡Además, debe ser tan práctico y tan bonito tener uno de repuesto!...

Cuando las risas se calmaron y el pastor hubo informado a los curiosos sobre los nombres que se disponía a darles, un fotógrafo se acercó a la novia, inquiriendo si deseaba hacerse una fotografía. Marta palmoteó muy satisfecha, felicitándose de una idea que se le acababa de ocurrir y, según su costumbre, que expuso en el acto:

—Janie, ¿por qué no te haces una fotografía con los gemelos?

—Porque sería un retrato de boda demasiado original.

De nuevo resonaron las carcajadas, precisamente en el segundo en

que el chofer del coche en prueba echaba mano a los frenos, deteniendo el vehículo en seco. Saltó al suelo y mantuvo abierta la portezuela y descendieron Lunny y el coronel.

—Con un freno así se para en un céntimo.

—Sí, sí; ya lo veo.

Y el coronel, sin hacerle más caso, siguió a Lunny hasta la puerta de la casa.

—¿Qué me dice del coche?—gritó el chofer.

—Me parece que no le gusta. ¡Cuánto lo lamento! — comunicó tranquilamente.

Mientras el conductor maldecía su perra suerte, el coronel pulsó el timbre y ofreció la caja de flores arrebatada a su esposa a su hijo.

—He comprado estas flores para que se las regales a tu novia. Supuse que le gustarían.

Masculló Lunny unas palabras de agradecimiento por la delicadeza, y lo que tardaron en franquearles la entrada fué la prueba más terrible que sufrió su corazón de enamorado, con sólo dos días de permiso que apurar en una precipitada luna de miel.

DE SORPRESA EN SORPRESA

A escena que presenciaron los ojos de Lunny fué lo suficientemente alarmante para que sus pies echaran raíces en el suelo. El coronel experimentó la misma impresión que él, no sólo porque nadie había notado su aparición, sino que al ver que su futura nuera estaba rodeada de fotografías y con dos niños en brazos.

Al percatarse Janie de la llegada de su prometido, se escapó de su boca un gritito de placer y corrió con los gemelos a su encuentro. Pero como los niños impidieron dar un beso a Lunny, se los traspasó al maravillado coronel. El beso no conmovió ni poco ni mucho a ninguno de los dos y el marinero preguntó con textitura:

—¿Conoces a papá, verdad?

—Claro que sí. Por eso le di los gemelos... los gemelos de Offenburg—aclaró, y los temores de su novio se esfumaron.

Este le entregó la caja de flores y la joven la acogió con un trivial:

—¡Ah, Lunny! No debiste hacer eso—que se trocó en un—: ¡Ah! Un broche de brillantes. ¡Qué sorpresa tan maravillosa!

El coronel creyó que el mundo daba vueltas en torno suyo; necesitó desprenderse de los gemelos, que peligraban en sus manos, y profirió:

—¡Sí que es una sorpresa para mí!...

En vista de que finalmente había llegado el novio, Marta encauzó a los invitados, dirigiéndoles hacia el salón en que se tenía que celebrar

la ceremonia, con la promesa de que luego regresarían para el banquete de boda. Cuando los jóvenes y el coronel intentaron hacerlo, se lo impidió, suplicando muy agitada:

—Quedaos un momento aquí toda la familia. Como vas a casarte, Janie, Pedro cree que debes saber una cosa.

Janie tuvo un mal presentimiento. Envió una rápida ojeada a Pedro, que permanecía muy sereno, y se pegó a Lunny, mientras el coronel tendía el oído, intrigado por la nueva molestia. La verdad es que poseía un olfato especial para determinadas cosas.

—¿Qué es, mamá?—inquirió Janie.

Esta miró en todos los sentidos, muy excitada; después se tambaleó y destrozando el pañuelo que tenía en la mano, relató:

—Verás, es lo siguiente: Ya sabes que Pedro ha manejado mis inversiones monetarias. El otro día vino a hablar de negocios y me propuso darme la mitad en acciones de cobre por todas mis T. W. No podía desperdiciar esa ocasión—aquí el coronel gimió—. Naturalmente, las T. W. no valen más que cien dólares; en cambio, cada una de las acciones de cobre valen doscientos cincuenta dólares. Es una ventaja muy grande.

El gato viejo que era el coronel se encargó de informarles al decir:

—Sí; pero ¿no sabía usted que esas acciones de cobre no tienen valor ninguno?

—Claro que no lo sabía. Confié en Pedro y en su experiencia.

Lunny desafió a Pedro sobre la cabeza de la asustada Janie, y el culpable, en lugar de mostrarse arrepentido, pareció estar muy satisfecho.

—Según eso, se aprovechó de su buena fe para cometer un robo deliberadamente—gritó el novio.

—Puede ser. Hablando de esa manera, con crudeza...

—Verás, Lunny—dijo Marta, interrumpiendo la disputa—, todavía tenía sesenta mil dólares en mi cuenta corriente.

—¿Has dicho... tenía?—sollozó Janie, deduciendo lo que iba a seguir.

—Exacto. Y Pedro dijo que éste era un caso de apuro como no hay otro. Entonces saqué diez mil dólares y me llevó a la sala de juego del Club.

Un estremecimiento de desesperación recorrió los cuerpos de los tres oyentes de la catástrofe. Estaban tan indignados que ni siquiera advirtieron la anormal simpatía con que Marta escuchaba y sonreía a

Pedro. Lunny fué el primero en recobrar el uso de la palabra.

—¿Y para qué la llevé allí?

—Jugamos a la ruleta... ¡Es algo maravilloso! Se apuesta a los números y cuando se acierta uno gana una fortuna.

—Sólo que usted no acertó ninguno—vaticinó el coronel, con aire de decir: «Ya lo sabía yo».

La cabeza de chorlito de Marta tradujo la mueca de disgusto de su consuegro a su manera.

Pero no, no fué culpa de Pedro.

—Por lo menos te quedan aún cuarenta mil...—dijo Janie.

—Pues... no creas—titubeó su madre.

Y otra vez profetizó el coronel:

—Le dijo que si jugaba de nuevo recuperaría las pérdidas y ganaría algo más.

Marta se rió con no mucha seriedad y acabó por confesarlo todo. En su cuenta corriente únicamente existía una cantidad de mil trescientos dólares, una bicoca, en verdad. Janie se irritó e indagó la causa de su silencio.

—Pedro me lo prohibió. Dijo que él lo arreglaría todo cuando Lunny rompiera el compromiso— y atajó la petición de explicaciones, prosiguiendo—: Verás, es que Pedro lo hizo todo a propósito. Quería que

me quedara completamente arruinada.

—Exactamente — puntualizó el aludido con las manos metidas en los bolsillos—. Porque creo que usted se casa con Janie por su dinero. No quería que cayera en sus manos un céntimo.

La sangre fresca y joven de los futuros esposos se enardeció. Lunny cerró su puño y lo enarboló sobre el osado, gritando:

—Pero ¡qué miserable y qué marmarracho!

—¡No, Lunny! — suplicó Janie, conteniendo su ademán de venganza.

—Le romperé la cabeza cuando salga de aquí—aseguró el marinero.

—Yo pensaba pagarlo todo...

—Desde luego que lo pagará—gruñó Lunny; pero el otro continuó:

...—Cuando Janie sea mi mujer. No siendo así, que no sueñe con recuperar su dinero.

—Es un estafador aficionado—dijo el coronel.

Mientras que se paseaba a lo largo de la mesa reflexivamente, su hijo pasó un brazo por la cintura de Janie, que se consideraba infinitamente minúscula para enfrentarse con la desgracia, la estrechó contra sí y dijo en tono agresivo:

—Le advierto una cosa: Janie no

se casará con usted; se va a casar conmigo, y dentro de tres minutos. Diga usted lo que diga, no conseguirá impedirlo.

Su prometido le acarició el brazo y por sus ojos cruzó un relámpago de admiración que no fué compartida por Pedro, antes bien, con un escepticismo rayano en la incredulidad, se encogió de hombros.

—¿Vivirán de su paga de marino?

—¿Por qué no?—exclamó impetuosamente, pero interrogó a Janie—. ¿Podremos, verdad?

—Pues claro que sí, Lunny... Es decir, eso creo.

—¿Y qué va a hacer tu madre?—se encaró con Marta—: Tendrá usted que vender esta casa y reducir mucho la vida. Ya puede despidirse de los coches.

—Bueno, buscaré un pisito barato que esté bien arregladito, con un par de camareras y un portero. Aun creo que puedo encontrar trabajo. ¡Soy fuerte!

Pero su fortaleza quedó en entredicho, puesto que Janie, con un sollozo de conmisericordia, se apartó de Lunny y la abrazó con frenéticas demostraciones de amor filial que la hicieron erguir con orgullo. Todos protestaron. Lunny estaba furioso y tornó a amenazar al traidor.

—Lo tenía todo muy bien pla-

nado, amigo. No se le ha ido un detalle.

—Eso parece—profirió con flema Pedro.

El coronel salió de su abstracción al escuchar el acento triunfal de su voz. Como quería a su hijo más que a otra cosa en el mundo y advirtió que estaba sufriendo el tormento de la impotencia, intervino antes de tener tiempo de arrepentirse, es decir, que cuando comprendió que estaba hablando ya era tarde para volverse atrás:

—Se ha equivocado usted un poco en sus cálculos, jovencito. Yo también puedo decir algo, para eso soy el padre de Lunny.— Su hijo se quedó boquiabierto—. Sí, yo, tu padre, soy el más indicado para resolverlo todo. ¿Es que puedes dudar, hijo? ¿Crees que voy a consentir que te torpedeen sin hacer nada?

Lunny, de la sorpresa pasó a la confianza; paralelamente notó su padre que perdía ésta, y gesticuló como si hubiera sido deslumbrado por la verdad oculta de un gran misterio.

—¡Pues, claro! Tienes razón, tú lo arreglarás. Ya está; mi padre puede ganar todo lo que quiera en Wall Street. Verá usted cómo devuelve ese dinero con la mayor facilidad, ¿verdad que sí?

El coronel se estremeció y por primera vez en su vida experimentó algo semejante a la vergüenza.

—Hombre, tanto como...—pero Lunny no le dejó seguir en su entusiasmo.

—¡Ya lo sabía yo, papá! Y os advierto una cosa: cuando mi padre se propone algo, lo hace.

Janie y su madre lanzaron las exclamaciones de ritual, pero Pedro soportó sin mella las afirmaciones de su rival, bastándole para ello mirar al coronel.

—¿En dos días? ¿Antes de que vuelva usted a embarcar?

—No se preocupe por eso; lo conseguiré en dos días.

—La misma facilidad hay en dos días que en dos años—corroboró su padre.

El diluvio de alabanzas que cayó sobre su cabeza aumentó su confusión, mientras se estrujaba en vano el cerebro para hallar una idea salvadora. Pero los demás, seguros de su infabilidad, se pusieron en movimiento y prepararon el cortejo nupcial, que fué recibido por los sones de un armonium. Padre e hijo avanzaron, con la prosopopeya requerida por el acto, hacia el salón.

Súbitamente Lunny se detuvo y aumentó el tormento de su aturdido progenitor, insistiendo:

—No lo olvides, papá. Piensa que

confío en ti; no puedo ir preocupado por Janie cuando vuelva al barco. Tienes que hacer que recuperen el dinero.

—Lo he prometido, no tienes que recordármelo.

El cortejo reanudó su marcha. Janie volvió la cabeza, habiendo oído la protesta del coronel, al cruzar el umbral que marcaba un nuevo rumbo a su existencia, y exhaló un suspiro de consuelo:

—Bueno, ahora quiero pensar en mi luna de miel.

El coronel se puso a reír con todas sus fuerzas y, a todas luces, contemporáneamente al escuchar esta frase. Cuando se calmó su arrebato atravesó la puerta, diciendo para sí más que para el resto de los asistentes:

—Puede que sea lo mejor— y sólo él conocía la causa de su consejo.

El ramo de flores con que el coronel, e indirectamente el barman, había sustituido la caja enviada por la dirección de la Opera, llegó a la casa de la Smettana metido en un cucurúcho de papel barato. Ciertamente, sólo en un momento de delirio o de osadía se podía dar el nombre de ramo a las cinco rosas marchitas que lo componían, cuyos pétalos se caían al menor movimiento, pero esto era una cosa que importaba un comino al muchacho, consi-

derando que había ganado dos dólares en la compra de aquellos desposjos.

La doncella de la cantante al ver al muchacho de cara de ratón y con el ramo de flores, frunció el ceño, mientras el mensajero inspeccionaba el interior del departamento. Luego, en presencia de la Smettana, se lo entregó:

—Debe estar equivocado, ¿no? ¿Positivamente? — se asombró la doncella.

—No; es para ella. Genya Smettana... Smettana.

La vacilación que el mensajero demostró en la pronunciación de su nombre no fué óbice para que la cantante aceptara encantada las marchitas flores, y exclamó:

—¡Smettana! ¡Qué amable! ¿Me ha oído cantar y por eso me ha traído este ramito, verdad?

—No, señora; yo sé emplear mejor mi dinero.

La cantante balbuceó, confusa; el muchacho cerró la puerta de golpe y bajó la escalera silbando, sin tener la menor idea del conflicto que había desencadenado. En cuanto la Smettana reparó en el sobre, en la tarjeta que contenía, comparó su augusto aspecto con las flores y renació el huracán en su interior y leyó:

—«Esto es para que vea lo que

pensamos de usted, Genya.—La Dirección de la Opera.» Esto es espantoso. ¡He fracasado! ¡No lo tolo! ¡Que venga el director!

Mientras su segunda doncella iba a cumplir el encargo arrojó con rabia el ramo contra el suelo y los pétalos se desparramaron, soportando con la indiferencia de lo muerto los furiosos pisotones y patadas de la cantante, que mascullaba:

—¡No puedo tolerar este insulto! ¡No saben apreciar lo que valgo! ¡Se acordarán de lo que han hecho!

* * *

La boda había terminado. Lunny y Janie al pie de la escalera, que moría en el vestíbulo, soportaban con la complacencia de los recién casados las felicitaciones de los invitados, empeñados en besuquearles y deshacerles las manos a puros estrujones. Por fin le llegó el turno al importantísimo senador y la novia le acogió con placer, mientras Lunny le miraba con indiferencia.

—Senador Sipson, quiero presentarle a mi marido.

Ambos hombres se estrecharon las manos y la indiferencia de Lunny desapareció, dejando camino libre al más cordial y cortés respeto.

—Janie me ha hablado mucho de usted, joven. Le admiro de corazón.

—¡Qué tontería! Tengo muy poco que admirar.

—No es su físico lo que admiro, es su carácter, señor Sipson.

—Sí, debe ser eso—consintió el senador con un guiño.

Lunny se rió y como el resto de las personas, salvo Marta, no vió que el coronel pedía su sombrero de copa y su bastón al criado y se dirigía a la puerta apresuradamente. Pero la madre de Janie corrió a despedirle.

—Supongo que se va usted tan de prisa para recuperar mi dinero.

Las carcajadas de Marta le pusieron frenético, ya que le recordaban irónicamente la empresa a que se había comprometido. Inclino afirmativamente la cabeza y Marta prosiguió su parloteo:

—Pero no le aconsejo que vaya al Club 59.

—¡Ni soñarlo! En aquella mesa de juego hacen trampas.

—¡No!

—Sí. Debajo de la mesa tienen un aparato eléctrico; lo único que el croupier tiene que hacer es apretar un botón que hay junto a él y la bolita se detiene donde quiere.

Después de lanzar esta lección

como una flecha emponzoñada, se dispuso otra vez a abrir la puerta, pero el asombro de Marta y cierto gesto de su semblante le detuvieron.

—Debe decírselo a Pedro, se asombrará.

—¡Qué!—dijo el coronel, barruntando que Pedro tenía mucho que enseñarle.

—Será algo magnético—exclamó ésta, muy satisfecha.

—¿Magnético?

—Sí; ¿no dice usted que...?

Peró el coronel ya no le escuchaba. Se puso el sombrero y le apretó la mano con una efusión que no le había sido dedicada durante su vida de mujer frívola en una sociedad frívola. Y al arquear las cejas al ser interrumpida, oyó:

—¡Eso es! Muchísimas gracias. Acaba usted de darme la idea que buscaba.

Salió al exterior con la velocidad de una bala y a Marta no le quedó otro remedio que refrenar su curiosidad insatisfecha antes de regresar junto a los invitados. Sin embargo, se apoyó en la puerta y se preguntó qué había dicho.

—¿Cómo es posible? ¿De veras? ¿Qué sorpresa?

LAS IDEAS DEL CORONEL

EL coronel Phyffe tardó en llegar al elegante Club 59 lo que dura un abrir y cerrar de ojos, espoleado por la idea que Marta le había proporcionado. No obstante, al entrar en el Club hubo de aguardar a que Sandra, la auxiliar que necesitaba para ponerla en práctica, acabara la canción que estaba ensayando. El local estaba vacío y las mesas y las sillas en desorden anunciaban que aun no era la hora del aperitivo.

Sandra acabó la canción y de un salto se puso al lado del coronel a quien propinó un par de besos en las mejillas. Después de un aluvión de preguntas sobre su salud, estado físico, felicidad matrimonial, etc., y de despedir Sandra al pianista, el

coronel; lanzando una ojeada de inspección, preguntó:

—¿Hay alguien por aquí? Vamos a asegurarnos—y murmuró, una vez lo hubo hecho—: ¿Quieres ganar dinero fácilmente?

—¿Crees que tengo talento suficiente para eso?

Las pupilas de su amigo recorrieron su elegante vestido, sus avispidas facciones y su pelo rubio recién teñido. Si aquello no mostraba el ingenio de Sandra, él no era el coronel Phyffe, de azarosa existencia.

—¡Claro que sí, y mucho!

Sin hacer caso de su risa la llevó a la ruleta.

—¿Qué opinas de este juego, Sandra?

—No te preocupes de eso. Hablemos de negocios.

—Es que... Eddy me habló de lo que hacen aquí. Por lo visto... tienen una combinación eléctrica para parar la bola—y siguió diciendo, sin hacer caso de sus ironías—: Supón que se colocara otra magneto en el lado opuesto de la mesa mucho más fuerte... Y yo pudiera... manejar los botones sentado tranquilamente.

Sandra pensó en la proposición de su amigo y meneó la cabeza.

—Y la bola se pararía, no donde el croupier quisiera, sino donde quisieras tú. Desbancarías y Eddy y yo tendríamos que buscar otro empleo. No; gracias, Héctor. Te diré la verdad, aunque la diga pocas veces. Estoy cansada de salir huyendo de las ciudades.— Súbitamente preguntó—: Oye: ¿por qué piensas en eso ahora que vives seguro y tranquilo?

—Por mi hijo; ¿no me has oído hablar de él?

—¡Es verdad, tu hijo! ¿Cómo he podido olvidarlo? Siempre afanándote en la vida para que fuera a los mejores colegios y pudiera pasarlo bien cuando viniera de vacaciones.

El coronel dió una chupada a su cigarrillo antes de referir:

—Ahora sirve en la Armada.

La noticia, como había supuesto el coronel, pilló desprevenida a Sandra, la cual lanzó una exclamación

de contrariedad y de comprensión. El coronel ya había ganado la partida, pues Sandra, tras de otra reflexión, replicó:

—Eso cambia. ¡Todo por un hombre que está en servicio! ¡Todo lo que sea razonable, claro! ¡Todo!

Los dos conspiradores se miraron y rieron con fuerza. Era delicioso tratar con mujeres como Sandra, capaces de entender cualquier sugerencia en un santiamén. Terminada la hilaridad dijo:

—¿Cuándo quieres venir a ganar?

—Mañana noche. Jugaré posturas fuertes y la tercera parte es para ti.

Se despidieron en el vestíbulo y sellaron el pacto con un apretón de manos.

—Trato hecho. Tengo que ir a buscar a Eddy; tú ve a buscar un taxi y yo le telefonaré para que me espere.

—¡Bien!—aprobó el coronel.

Estando en la calle, el coronel se entretuvo en hacer un guiño picaresco a una joven que pareció aceptarlo, puesto que volvió la cabeza, y en esta posición, es decir, mirándola, llamó un taxi. Entonces topó con Genya Smettana, su propia mujer, quien había presenciado el flirteo.

—¡Héctor!—gritó más que saludó.

El contratiempo, el asombro de encontrarse a su mujer en aquel lugar y a pie, no hicieron perder la cabeza al coronel y se dispuso a librarse de su persona antes de que compareciese Sandra y se armara un alboroto.

—¡Genya, vida mía! ¿Qué haces tú por aquí? Quiero que siempre vayas en coche.

La cantante se sintió halagada por el interés de su esposo y replicó con mimo:

—Voy a pie para tomar el aire y hacer ejercicio.

El taxi salvador había llegado y esperaba.

—Después de tantos ensayos debías estar descansando. Ve a casa en este taxi en seguida.— La metió en su interior y mantuvo la portezuela abierta.

—¿Llamabas el taxi para ir a algún sitio?

—Nada de eso. Lo llamé para ti en cuanto te vi venir—mintió—. Debes cuidar mucho tu preciosa salud, hazlo por mí. Chofer, mansión Waldorf.

El coronel sabía ser irresistible cuando se lo proponía, lo cual ocurría la mayoría de las ocasiones, y su enamorada y celosa mujer estaba completamente amansada.

—¿Es que no vienes conmigo?

—No puedo; tengo una cita de negocios. Cielo mío, hasta luego.

Pero el diablo intervino en el asunto. Sandra salió del Club y notando que el taxi se ponía en movimiento, le llamó hasta que se detuvo, sin hacer caso de las muecas del coronel, el cual, dándole todo por perdido, le anunció que estaba ocupado.

—En estos tiempos—fué la respuesta de su amiga—tenemos que compartir los taxis. Oye: Eddy se va a la ciudad, de modo que tenemos que hacerlo esta noche.

—¿Esta noche? Creo que va a ser muy precipitado.

—Héctor, lo siento, pero si tienes interés en hacerlo es preciso que sea esta noche. Te advierto que esto puede costarte un disgusto.

Le dió un beso que presenció Genya desde el taxi.

—Lo sé mejor que tú, hija—afirmó el coronel, mirando de soslayo al auto.

En el taxi, cuando se sentó Sandra al lado de Genya, había latente un ambiente de tempestad, presta a desencadenarse a la primera ocasión, y si no lo advirtió Sandra, sí el coronel, mientras saludaba desde la acera, agradeciendo al destino el don de no encontrarse entre aquellas dos fuerzas tremendas y disparas.

—Siento mucho haberla hecho esperar.

—Que me haya hecho esperar tiene poca importancia—respondió con sequedad la cantante, taconeando con furia.

—Pero no podía marcharme sin hablar con un antiguo amigo.

—¿Con que un antiguo amigo?

Erróneamente supuso Sandra que la repetición de su frase daba pie a la confianza sentimental, y agregó acto seguido:

—Sí; además... el primer hombre a quien yo quise. Claro que todo pasó hace mucho tiempo. Pero haría cualquier cosa por él y él cualquier cosa por mí. Es gracioso, ¿verdad?

—Muy gracioso—afirmó Genya, riéndose estrepitosamente.

Su risa duró exactamente el trecho de dos manzanas, y cuando Sandra ya empezaba a sospechar que su compañera de taxi no estaba bien de la cabeza, sus carcajadas cesaron en seco y ambas mujeres se contemplaron como dos espadachines antes de cruzar los aceros.

—No es para reírse tanto.

—Como que es tan gracioso que usted no sabe lo gracioso que es.

—¡Cómo! Repítalo.

—Casualmente soy su esposa.

Si Sandra hubiera estado buscando flores y en lugar de flores hubie-

ra encontrado una víbora bajo sus dedos, sus facciones no hubieran pasado más velozmente de una molesta indiferencia a una perplejidad turbada. Sin saber a qué santo encomendarse habló:

—¡Ah, bueno!... Puede ser que... ¿Usted?... ¿La Smettana? Pero... ¡ja, ja!... ¡hay que ver!... ¡qué extraña coincidencia! Precisamente soy su mayor admiradora.

La Smettana quiso aprovechar la confesión para pedirle explicaciones, pero Sandra cuyo listo magín buscaba una salida se imaginó que halagándola la apaciguaría y la interrumpió:

—¡Es usted un genio! ¡La intérprete ideal de todas las obras de Wagner!—cortó su murmullo halagador, diciendo—: Sí, ¡y si usted supiera lo que yo entiendo de Wagner!...— Su mueca de burla pasó inadvertida—. ¡Ah, si él pudiera oír la cantar a usted!...

El enorme orgullo de la cantante cedió y se borró su expresión iracunda.

—¿Le gustaría, verdad? Yo lo creo también. Wagner es mi ídolo.

La conversación prosiguió por el mismo estilo, hasta que Sandra descendió del vehículo, no sin antes verse obligada a aceptar una invitación para tomar el té. Y con la misma

premura, desapareció, sin contestar a la pregunta de cómo y por qué había citado al coronel.

* * *

Janie y Marta estaban preparando las maletas, entre los sollozos de la segunda, que creía una obligación derramar algunas lágrimas. Sin embargo, charló por los codos sobre los proyectos de los recién casados.

—¿No crees que es una equivocación ir al campo a pasar la luna de miel? Porque yo estuve una vez y me aburrí.

Janie, con el optimismo de una buena recién casada, barrió los temores maternos de la mejor forma que supo. Lunny sacó la cabeza por la puerta y miró desesperado el reloj.

—¿Todavía no estás, Janie?

—En seguida. Yo terminaré de hacerlo, mamá... Es que prefiero hacerlo yo misma.

Comprendió, finalmente, que lo que deseaban era estar solos y se escabulló precipitadamente, yendo a calmar la impaciencia de los invitados. En cuanto se vieron a sus anchas, Janie y Lunny se abrazaron y empezaron una letanía de preguntas y respuestas adecuadas a su reciente matrimonio, hasta que él gritó espantado:

—¡Janie! ¡Janie, estamos casados!

—Sí, pero aun no puedo creerlo.

—¿Estás asustada?

—Un poquito, ¿y tú?

Lunny se paseó por la habitación, pasándose los dedos por el pelo, como buscando la contestación oportuna, que no tardó mucho en hallar, porque la cogió entre sus brazos y afirmó con los ojos muy abiertos:

—No sabes la responsabilidad que es estar casado... con una muchacha como tú.

—¿Te arrepientes?

—¡Claro que no! Ahora podemos estar juntos siempre, día y noche.

—No pueden decirnos nada—dijo Janie, asombrada por este hecho.

—¡Y si quiero te beso delante de tu madre, del senador y de las visitas que nos quieran mirar!

En el piso inferior los invitados ya empezaban a murmurar de su tardanza. Marta, que ya había compuesto el gesto de despedida, expresó su esperanza de que bajarán dentro de un momento. Pero los recién casados no tenían la memoria más remota de ellos.

—Si tuviéramos un piso pasaríamos la luna de miel aquí, en la ciudad.

—¿No vas a quedarte a vivir con tu madre hasta que yo vuelva?

Janie hizo un mohín de disgusto.

Deseaba, sobre todas las cosas, tener un pisito suyo y Lunny se sintió lo suficientemente enternecido para repetir el abrazo y comprometer de nuevo a su padre.

—Encargaré a mi padre que lo busque, él entiende mucho de estas cosas.— Se acordó del reloj y exclamó—: ¡Estamos perdiendo el tiempo! Date prisa. ¿Y tú equipaje?

Janie indicó su alcoba con la cabeza y al diván.

—Ahí hay dos maletas y este maletín.

Cuando regresó del dormitorio, Lunny cargaba dos grandes maletas y después de revisar la habitación con una ojeada preguntó:

—¿Esto es todo lo que llevas?

—No; en el coche tengo dos baúles—fué la temida réplica.

—¡Las mujeres vais siempre sin saber qué ponerlos!!—gruñó Lunny, manteniendo abierta la puerta con el pie para que ella pasara.

Los invitados prorrumpieron en una aclamación que el senador no supo adivinar si era de júbilo o de impaciencia saciada. Los recién casados bajaron la escalera asaeteados por numerosos pares de curiosos ojos. Janie se adelantó a su esposo y se precipitó en los brazos de Marta, la cual derramó las lágrimas que tenía reservadas para aquella ocasión.

—Adiós, mamá.

—¡Hija mía! ¡Ojalá no hayáis cometido una equivocación— gimo-teó, besando a Lunny—. ¿Prometes hacerla muy feliz, verdad?

—¡Al menos lo intentaré!—fué la optimista contestación.

Los esposos y los invitados salieron a la calle. En la calzada estaba el coche que tenía que transportarles a la dicha y mientras ambos corrían hacia él y Lunny dejaba caer en la parte trasera las dos maletas, se renovaron los deseos de felicidad y las despedidas.

Lunny ocupó el puesto del conductor y embragó el coche; luego se volvió en dirección de los invitados, que esperaban en la puerta, y agitó la mano. Pero no llegó a marchar porque repentinamente un taxi frenó a su lado y de él salió disparado el coronel, llevando el sombrero de copa en la mano.

Puso su diestra en el hombro de su hijo, haciéndole volver al mundo corriente y doliente, y los invitados enmudecieron víctimas de una tremenda curiosidad. El repentino contacto estremeció al recién casado, mientras Janie se incorporaba amedrentada por el inesperado abordaje.

—Lunny, hijo mío: aun no puedes emprender tu viaje de novios—anunció.

—¿Cómo que no puedo emprender mi viaje de novios aún?

—¿Tienes interés en recuperar ese dinero para Janie y su madre, verdad?

Lunny se movió inquieto y estuvo a punto de protestar, pero acalló su enfado y parando el motor aseveró:

—Claro que lo tengo, pero...

—Entonces tienes que venir conmigo durante un par de horas—atajó el coronel implacablemente.

—¿Y dejarme aquí?—sollozó Janie.

Después como se percatara de la maravilla de su madre, del senador y, en resumidas cuentas, de todos, movió la mano hacia ellos.

—¡Adiós!... ¡Adiós!—respondieron.

El coronel casi había sido derrotado, casi, decimos, porque para un hombre como él, dueño de un gran don de gentes y de la lengua más persuasiva de la nación, no existía obstáculo que no domeñase si se le ponía entre ceja y ceja, como aconteció en aquel momento. También agitó el sombrero hacia la puerta, e insistió:

—Tenéis toda la vida por delante y yo dispongo de poco tiempo.

—Lo sé, pero nosotros tampoco disponemos de mucho.

—Si no arrancamos se van a extrañar—advirtió Janie, y se volvió

a despedir, obteniendo idénticas demostraciones de los invitados.

Lunny ya dudaba y se enfrentó con la linda carita de Janie, que expresaba una perplejidad semejante a la suya.

—Pero eso sería horrible. Me harán mil preguntas. ¿Qué les voy a decir?

—¿Qué les va a decir?—insistió Lunny en dirección de su padre.

—¡Qué importa lo que les vaya a decir!—gritó el coronel, tirando de su brazo—. ¡Vamos!

—Janie, volveré lo antes posible. Quédate con tu madre.

La besó con rapidez y luego siguió a su progenitor. Poco después el taxi desaparecía sin más explicaciones, llevándose al novio. Todos gritaron horrorizados y rodearon a la novia formulando mil preguntas cuyas respuestas no sabía ni la misma interesada. El senador puso gesto severo al inaudito atentado a la felicidad de la joven y su presencia dió energías a Marta para averiguar:

—¿Qué es esto, hija mía?

—¿Qué ha pasado?—repitió el senador más senatorial que nunca.

Janie se esforzó valientemente en dar un cariz humorístico al desagradable suceso, inducida por la lealtad que debía al raptor y al raptado. Bajó del coche y se encaminó hacia su casa, tartamudeando:

—¡Lo mismo que en las novelas!
¡Soy una esposa abandonada!

—Pero, ¿adónde va tu marido?
—dijo el senador.

Janie hubiera pagado su peso en oro a la persona que la informara sobre tan interesante extremo. Lunny no sólo le había dejado plantada, sino tampoco le había relatado el lugar y el fin de su huida. Gracias a Dios se le ocurrió una buena excusa para convencer al senador de la necesidad de la marcha.

—Acaban de llamarle para una misión muy importante.

—¿Entonces piensa volver?—declaró aliviada Marta, cuya romántica imaginación se había poblado de infortunios.

—Claro, mamaíta; estará aquí en seguida.

—Está bien. Entremos a tomar algo mientras viene a buscarte—propuso el senador.

—Sí, sí; unos heladitos—prometió Marta.

—No creo que tarde—rugió el senador.

Y si a los demás les hacía gracia o les parecía bien tomar el tercer helado del día, a él no le sucedía lo mismo; no en vano su estómago estaba resentido tanto del banquete como de la vergüenza que representaba aquel inaudito refrigerio para su atolondrada amiga... aunque ésta no lo supiera así.

LA NUMEROLOGIA Y SUS COMPLICACIONES

CUANDO Lunny pudo recobrar el aliento, perdido durante la conversación en el coche, la despedida de Janie y la fuga de su lado y dominó algo sus descompuestos pensamientos, se volvió hacia su padre que fumaba apaciblemente tabaleando sus piernas con los dedos de su mano, y exclamó:

—¿Qué es lo que tenemos que hacer, papá, y por qué debe ser esta noche?

—Numerología, hijo mío.

—¿Numerología? ¿Y por qué?...

Pero el coronel no quiso prolongar las aclaraciones y dijo decidido:

—¿Cómo crees que he podido enriquecerme en menos de un año? ¿Sabes que hasta tus cabellos están numerados?

Lunny no lo sabía y aquélla fué la primera noticia que tuvo de ello. Se pasó la mano por el lugar mencionado y exclamó, no muy convencido pero con deseos de serlo:

—¿Sí? Bueno, es posible, pero es que no te entiendo.

—Esta noche es algo especial, hijo—replicó el coronel después de un corto silencio.

—Sí, eso es lo que yo esperaba.

Nuevamente el coronel no reparó en su alusión, lo suficientemente diáfana, prosiguiendo en el mismo tono, entre jocoso y grave:

—Hay fuerzas magnéticas esparcidas en el ambiente. ¡Fuerzas magnéticas!

—¿Es posible?

—Si nos aprovechamos de ellas,

recuperaremos parte del dinero que perdió tu suegra.

—¿Cómo?

—Jugando a la ruleta. Apostando sólo a ciertos números: tres, seis, nueve; una combinación que he inventado. Te aseguro, hijo mío, que así no podemos perder.

Lunny tragó saliva. Su incredulidad era tan manifiesta que su padre tuvo que volver la cabeza y disimular mirando a través de la ventanilla del taxi.

—¿Y dónde vamos a hacer todo eso?—indagó en tono retador.

—En el Club 59, donde ella lo perdió.

Ahora bien; la venganza que manifestó estar decidido a llevar a cabo el coronel Phylffe con el sólo anuncio del nombre del lugar de recreo era una cosa que estaba tan esparcida y pendiente en el ambiente como el magnetismo que había proclamado favorable...

¿Por qué? Pues sencillamente, porque Pedro Warrington a cuyos manejos poco leales se debía la ruina de Marta y de Janie, fué a ahogar el fracaso de sus planes en unos combinados servidos en el mostrador del Club 59. Naturalmente, su idea tuvo una acogida cordial en aquel centro de personas despreocupadas, y todo parecía indicar un buen resultado para sus propósitos, cuando al-

go que vió en la entrada le hizo dar un respingo.

Este algo indefinible, y que en primer momento creyó ilusión óptica, se fué concretando en la persona de Lunny y del coronel. Aquello le venía de perilla para remachar su traición, y ni corto ni perezoso se encaminó a su encuentro, preguntándose al unísono cuál sería el motivo de que el marinero se hubiera alejado de su idolatrada esposa.

El terror de Lunny y la contrariedad del coronel no le fueron inadvertidos y con la sensación de que les había sorprendido en una mala faena, hizo caso omiso de sus exclamaciones y se lanzó al ataque.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Dónde está Janie?

—No hemos querido traerla; venimos a hacer un negocio—dijo el coronel.

—¿Tendrá valor para dejarla pasar sola su noche de bodas?

—¡Nada de eso!— se enfureció Lunny—. ¿Qué se ha creído?

—¿Cómo van a hacer negocio en un sitio como éste?

—Venimos a recuperar parte del dinero que perdió la señora Prescott—afirmó austeramente el coronel.

—¿Y tiene la pretensión de recuperarlo aquí?

—Aquí lo perdió ella—objetó el coronel.

El encargado del local saludó a Pedro y éste, maquinando una nueva emboscada contra sus dos forzados conocidos, lo presentó con el nombre de Tony, agregando de paso que los caballeros eran dos puntos fuertes. El guiño de Pedro despertó la codicia de Tony, que súbitamente acentuó su amabilidad y los remolcó hacia la caja en donde se cambiaba el dinero contante y sonante por fichas.

Lunny profirió la amenaza tantas veces oída por Tony que ni siquiera le hizo parpadear:

—Le vamos a ganar a usted una fortuna esta noche.

—¿De veras?

—Sí, señor. Tenemos un sistema, ¿verdad, papá? Numerología.

Tony se rió para sí con la risa del zorro que encuentra a una gallina en un camino solitario. Se inclinó hacia el hombre de la taquilla y le avisó:

—¿Tienes bastante dinero en caja, Luis? Estos caballeros son puntos fuertes.

—Creo que podré complacerles —respondió el llamado Luis.

Y mientras Tony se despedía de ellos para decir al croupier que no les pusiera límite, estuvo carraspeando el coronel bajo la aguda mirada del cajero, y una vez se encon-

traron solos, se encaró con Lunny y le preguntó siseando:

—Lunny, ¿qué dinero llevas en el bolsillo?

—Me parece que unos doscientos dólares—anunció, llevándose la mano a la parte nombrada.

—¿Nada más?—se contrarió su padre—. Bueno, nos arreglaremos.

—No puedo dártelo todo. ¿Por qué no ensayamos tu sistema con unos diez dólares?

—¿Diez dólares? No me hagas perder el tiempo. ¿Quieres estar aquí toda la noche?

—De ninguna manera. Pero ya sabes que no tengo fe en el juego.

Protestó el coronel y para convencerle de su necedad le indicó a un caballero que en aquel momento trocaba por fichas una cantidad tan exorbitante que al pobre Lunny le temblaron las piernas; pero siguió en sus trece:

—No importa, así estoy más tranquilo. Empecemos con diez.

De mala gana, comprendiendo el ridículo que hacía, el coronel tendió el billete al cajero, y tartamudeó:

—Deme... una ficha de diez dólares.

—¿Una? Cuando pierda ese capital le van a dar angustias.

—Oiga, amigo: mirándole a usted a la cara se produce el mismo

efecto—fué la inmediata réplica del coronel, y luego arrastró a su hijo hacia la ruleta—. Escucha: si aciertas el número que sale, te dan treinta y cinco veces lo que pones. Y no lo olvides, tres, seis, nueve, o cualquier combinación de esos números.

—¡Tres! Janie y yo, más uno.

Pedro Warrington, desde que topó con los dos jugadores, no se había dormido sobre los laureles. Se dirigió al teléfono y se puso en comunicación con Marta, animándola a que fueran a cenar con él. El senador aceptó encantado la idea, pero Janie se obstinó en esperar el regreso de Lunny, sin hacer caso de sus argumentos.

—Puedes dejar una nota a Lunny y que telefone allí.

—No puede ser, mamá; yo creo que no debemos ir.

Marta rogó al senador que las dejara solas y comunicó a Pedro que al instante salían para el Club. Luego regresó junto a la sorprendida Janie y le puso las manos sobre los hombros:

—Nena, ¿quieres que el senador ayude a Lunny en su carrera de marino?

—Naturalmente, mamá.

—Entonces, hija mía, procura ser algo más amable con Jimmy.

Y así pudo vencer su testarudez de enamorada.

El coronel y Lunny fueron invitados a sentarse en el lugar que desearan, y el primero prefirió el que estaba situado frente al croupier. Siguieron las incidencias de la jugada, habiéndose asegurado el coronel que el botón milagroso, colocado allí aquella misma tarde, estaba bajo sus dedos. Ganó el número quince y Lunny comentó:

—El quince no es tres, seis, nueve, ni combinación de estos números.

—¡Claro que no! Esos tres son tus números.

Suplicó el croupier a los apiñados jugadores que hicieran juego y Lunny apretó la querida ficha de diez dólares contra la palma de su mano, titubeando todavía, y le consultó con la mirada:

—¿Tú crees que ganaré?

—Apuesto lo que quieras, hijo.

—Está bien.

En su aturdimiento colocó la ficha en una casilla de las no indicadas, pero el coronel le corrigió:

—No, ponla allí, en el tres.

El croupier lanzó la bolita y la ruleta empezó a girar con velocidad creciente. La bolita saltaba con una agilidad que la hacía imperceptible. Y cuando el croupier pulsó su botón para detenerla en el sitio deseado, hizo lo mismo el coronel, cuyos dedos y mangas del traje de etiqueta

ocultaban su trampa, sin que se conmoviera su rostro. Y siendo más potente su magneto, Lunny ganó la partida.

—¡He ganado! ¡He... he ganado! —gritó incrédulamente— Págueme, págueme. ¿Cuánto he ganado?

El coronel recogió las fichas y las contó serenamente: :

—Trescientos cincuenta dólares.

—¿Trescientos cincuenta dólares?—gritó de nuevo Lunny, muy nervioso—. Debí haber jugado los doscientos.

—Deja los trescientos sesenta en el mismo número. Si no aciertas, sólo pierdes diez dólares.

—¿Y cuánto gano si se vuelve a repetir el número?

—¡Hum!... Doce mil doscientos cincuenta dólares—calculó el coronel.

—¡Es demasiado! Jugaré cien.

Se repitió la maniobra anterior y con gran espanto del croupier, que veía que su aparato no le obedecía, la bolita saltó, rodó y se detuvo en el número tres. Lunny casi se desmayó y aulló:

—¡He ganado tres mil quinientos dólares.

A todos les pareció mentira aquella suerte inaudita, y el croupier se humedeció los labios al ver cómo crecían los montones de fichas que

se apilaban ante Lunny y su padre. Los espectadores, atraídos por la gran suerte de ambos, aumentaban, pero Lunny no se percató, expresando sus deseos de continuar.

—¡Valiente, hijo mío!—alabó el coronel—. Déjalo todo otra vez.

—Si se repite el número, ¿cuánto gano?

—Ciento veintisiete mil dólares.

Lunny tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no desaparecer bajo ella. Estaba tan emocionado que, en lugar de estar sentado, estaba semiincorporado y en una posición difícil de describir. Los jugadores hicieron cábalas sobre si acertaría o no y algunos le aconsejaron que no lo apostase todo. Entendió el coronel que la razón les asistía y recomendó:

—Pon sólo la mitad.—Pero Lunny protestó, y siguió diciendo—: Juega dos mil dólares, así es cifra redonda.

Tony había acudido al tener noticias de las anomalías que estaban entorpeciendo el fruto de sus negocios. En cuanto distinguió el montón de fichas que Lunny apostaba, tuvo que confesarse que no comprendía una palabra de lo que ocurría y de mal talante le preguntó:

—Oiga: ¿cómo se llama su sistema?



—¡Ah! Un broche de brillantes. ¡Qué sorpresa tan maravillosa!...

—¿Qué haces con los veinticinco dólares semanales que te doy?...



—Y os advierto una cosa, cuando mi padre se propone algo, lo hace.



—¡Janie! ¡Janie, estamos casados!



—¡Qué importa lo que les vaya a decir!—gritó el coronel, tirando del brazo.

—¿Por qué no pasamos aquí el resto de la noche y salimos en el primer tren?



—¡Ciento veintisiete mil
dólares!...



—Pertenezco a la Defen-
sa Antiaérea y entro de ser-
vicio.

C A S A D O S S I N C A S A



—Le prometí una tercera parte. No podías ganar sin su ayuda.

—Son regalos de mi boda.



... y cantó con todo su vigor vocal una romanza de Lohengrin.



Aquel sombrero fué a parar a la cabeza del coronel.



—Te devuelvo el dinero de las acciones—declaró el coronel.

—¿Entonces es usted su mujer?



—¿Lo ves?—preguntó el coronel enseñando los billetes.



—¡Madre!

—Numerología. ¡Es magnífico! Nunca se pierde.

El coronel barruntó que la alarma estaba cundiendo y decidió acabar el negocio de una vez, vigilado por los ojos del croupier y de Tony. Colocó, pues, las fichas y esperó con impaciencia...

En tanto que en la sala de juego el coronel recobraba a pasos agigantados el capital de Marta, los invitados de Pedro llegaron al Club y fueron recibidos por éste. Hipócritamente simuló sorprenderse al ver llegar a Janie vestida con un traje de noche y convino en que era necesario que encontrase a Luny con las manos en la masa.

—Pero, ¡Janie!, no esperaba verte por aquí. Vamos a pasar al otro salón.

—Lunny la ha abandonado cuando iban a emprender el viaje de novios—explicó Marta.

—No es que me abandonara, mamá; es que tuvo que ir a ocuparse de un asiento oficial muy importante.

—¿Crees que está en una misión oficial?—insistió Pedro.

—Desde luego que lo creo.

Y hábilmente guiados por Pedro entraron en la sala de juego en el preciso segundo en que Lunny aumentó sus ganancias por detenerse otra vez la bolita en el tres rojo. Ha-

bía ganado setenta mil dólares, en medio del asombro general y el suyo propio. Al croupier, cuyos colores iban alternándose en su rostro con una velocidad maravillosa, le entró vértigo y Tony gruñó:

—Te estás poniendo malo y van a sospechar algo. Vete de aquí.

—¡Numerología! No había oído hablar de eso en mi vida—respondió, obedeciéndole sin embargo.

El coronel y Lunny recogieron las fichas sin preocuparse ya de ordenarlas. Janie divisó a su esposo y se apresuró a ponerse a su lado, llamándole por su nombre y recibiendo en pago una mirada vaga. El senador, que por un momento estuvo tentado de arrojarle a su cuello, se rehizo de su asombro y en son de consolación gruñó a la indignada muchacha:

—Esto es increíble... ¡Dejarte a los cinco minutos de la boda para venir a jugar aquí!

—Tendrá sus razones.

—¿Puede haber una razón para aplazar la luna de miel?

—¡Claro! Tenía... que vigilar a una persona, ¿verdad, Lunny?

Este se recobró momentáneamente de su excitación y saludó distraídamente al senador mientras sus ojos brillaban y pedía que el juego se reanudase. Así lo hizo Tony, ocupando el sitio del croupier y deter-

minado a averiguar el intríngulis del asunto. Y el coronel acarició el botón de la suerte.

Marta y Pedro observaron el dispar grupo formado por los dos jugadores y por Janie y el senador, hasta que el croupier se paró ante ellos y señalando con la cara lívida a Lunny, expresó que tenía una suerte asombrosa.

—Sí, la tuvo siempre—así: tió Pedro—. Señora Prescott, permita que le presente al señor Miguel Angel.

—¿Miguel Angel? — repitió, saludándole—. Ese nombre me suena mucho. ¿Está malo? Parece que ha sufrido una impresión tremenda.

—¿Ha oído usted hablar de la numerología?

—Sí; se la compré una vez a un vendedor pelirrojo de ojos azules. Por su aspecto debía ser un irlandés. Ya sé lo que le ocurre a usted. ¿Ha perdido dinero en la ruleta?

—Sí, mucho.

—¿No sabe que esta mesa tiene trampa? — dijo Marta—. ¡Claro! Tiene un botón magnético escondido y el croupier para la bola en donde le parece.

El croupier dió grandes muestras de interés.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Este caballero, el coronel Phylffe.

Este caballero, el coronel Phylffe, en cuanto se percató de la mirada de sospecha de Miguel Angel, decidió que el juego tenía que concluir antes de que descubrieran la contratrapa y animó a su hijo a que recogiera las fichas. Pero el senador, que aun no estaba convencido, espetó a Lunny:

—Un momento, muchacho, ¿a quién tiene usted que vigilar?

Lunny titubeó visiblemente y el coronel y Janie se apresuraron a prestarle ayuda, adelantándose la primera:

—No puede decirlo; es un secreto.

—Pero yo soy de confianza—se obstinó el senador.

Así pues, al marinero no le quedó otro remedio que elegir a una víctima y se decidió por una señora elegantemente trajeada y que fumaba con una boquilla kilométrica.

—Fíjese en aquella señora que está al final de la mesa.

—¡Qué! ¡Pero si es la esposa del senador Beach! ¿Por qué la vigila?

Listamente el coronel echó el cable de la salvación, encarándose con el senador y reprochándole:

—¿Por qué le mira usted tanto? Vamos, hijo, vamos a beber algo.

Los demás siguieron su indicación y se dirigieron al bar, mientras que padre e hijo se encaminaron hacia

la caja con las manos llenas de fichas. Cercanos a ella se les reunió Sandra.

—¡Hola, Sandra! Aquí tengo una pequeñez para ti—y aclaró a Lunny—: Le prometí una tercera parte. No podías ganar sin su ayuda.

—¡Qué amabilidad! —murmuró Lunny, recibiendo en pago una mirada incendiaria—. Supongo que esa influencia no la tendrá usted todos los días.

—Pues... eso depende de quien la solicita. ¿Por qué no intenta usted convencerme?

Sandra se le acercó tanto que Lunny se consideró en peligro y pidió ayuda a su padre para salir del paso. Pero éste estaba recibiendo de manos de un contrariado cajero una tremenda cantidad de dinero. Y el coronel le regaló diez dólares, cantidad de la que se había burlado, para que se comprase bicarbonato. Luego se llegó a los jóvenes y dividió el mazo de billetes.

—Aquí tienes los cincuenta mil dólares que perdió tu madre política, y aquí hay veintitrés mil ochocientos cincuenta dólares para ti. Faltan diez dólares.

—Bueno, no importa; no vamos a discutir—concedió Sandra—. Esto se merece un beso muy fuerte.

El beso fué lo suficientemente largo no sólo para demostrar el agra-

decimiento de la cantante, sino que también para que tuviera tiempo de presenciarlo Genya Smettana que, acompañada del director, entraba en el Club. Su exclamación puso sobre aviso al coronel, que les suplicó:

—¡Mi mujer! Seguidme la corriente en todo.— Estrechó la mano de Lunny—: Os deseo las mayores felicidades. No hay nada como la vida de casado, ¡nada! ¡Hola, vida mía! Llegas a tiempo de felicitar a mi joven amigo... Sí, el que se ha casado hoy.

—Te ha complacido mucho la boda a juzgar por ese beso—protestó, celosa—. Es extraño que te haga tan feliz el matrimonio. El novio parece estar menos contento que tú.

Lunny, sorprendido por el nuevo título que le daban, quiso intervenir, pero Sandra le arrastró hacia la sala de baile antes de que tuviera tiempo para ello, proponiendo:

—Ahora que ya nos han dado la enhorabuena, vamos, cielito mío. Estoy deseando bailar con mi marido. Ustedes perdonen.

Si el coronel tuvo que aguantar con paciencia una escena de celos, que esperaba desde aquella misma tarde, el pobre Lunny trababa una batalla no menos dura para convencer a Sandra de la necesidad de que le dejara en paz, de que no le lanzara miradas incendiarias y de que se

ahorrarse sus mimos, puesto que su mujer estaba en el local, como, en efecto, ocurría; pero no logró conseguirlo.

Janie y sus compañeros se sentaron en una mesa del salón de baile y pidieron bebidas, pero como Marta tenía ideas particulares sobre ellas hizo que el camarero meneara la cabeza de una forma que tituló de «movimiento retardado». El gesto fué remedado por ella y sus amigos, compitiendo en hacerlo mejor y el senador descubrió a Sandra y a Lunny en la pista. Y por si fuera poco el descubrimiento, más patente por cantar la muchacha, refunfuñó a Janie, que también advirtió la supuesta afición con que bailaban:

—Supongo que también tendrá sus razones para eso.

—Ya me figuro cuáles son—contestó Pedro con malevolencia...

—Baila con ella... —aclaró la atribulada Janie—obedeciendo órdenes, intenta descubrir algo.

—Pues ella no oculta mucho—replicó, burlón.

Genya escuchó desde el umbral la canción de Sandra y luego se les reunió, convidándoles a tomar algo en el bar para celebrar su boda.

—No; ustedes perdonen, lo siento muchísimo, pero yo no puedo ir al bar ahora.

Genya miró extrañada a Lunny y a Sandra, la cual se encargó de relatar:

—No, verá usted... es que hay allí una mujer que abandonó por mí.

No mentía. Pero no obstante su la canción de Sandra y luego les cedió como si hubiera mentido, puesto que el director, escudriñando en la dirección indicada, vió a Janie y, además, el broche arrebatado por al coronel, avisando del descubrimiento a la Smettana.

—¿Sabe usted dónde está su broche de brillantes? En esa mesa, lo lleva una mujer.

Genya se le escapó de las manos y cruzó la pista como un ciclón hasta presentarse a Janie y a sus acompañantes. El senador y Pedro se levantaron y la invitaron a sentarse al oír su nombre, pero rechazó el ofrecimiento y aludió directamente al asunto que la llevaba a molestarles:

—Estaba admirando este broche de brillantes.

—Es muy bonito, ¿verdad?—dijo con orgullo Janie—. Un regalo de bodas.

—¿Ah, sí? ¿Por casualidad se lo ha regalado un hombre llamado Phyffe?

—¡Claro, mi marido!

—¿Su marido?—gritó Genya—. Imposible; es mi marido. Nos hemos casado hace seis meses.

Todos hablaron al mismo tiempo y los ocupantes de las mesas cercanas escucharon con curiosidad el altercado. El senador se violentó hasta decir:

—Hoy se ha casado con esta señorita.

—Voy a buscarle — propuso Pedro, reventando de satisfacción.

—¡Granuja! — gritó Genya—. Dijo que iba a comprar un regalo para una boda, pero no dijo que para la suya.

—No puedo creer una palabra de esto—sollozó Janie.

—Claro que no, hija—la tranquilizó Marta—. ¿Por qué se iba a casar con ella? Es mucho más joven que usted.

—¡Esto es demasiado!—se ofendió la cantante—. Tiene diez años más que yo por lo menos.

—Pues desde luego no lo parece—desafió Janie.

Pedro se reunió con Lunny y Sandra, que se empeñaba en retenerle a su lado, y su presencia desalentó más aún de lo que estaba, al joven marinero, sabiendo para qué iba a buscarle antes de que hablara.

—Si tiene un momento libre, su mujer quiere decirle unas palabritas.

—¿Ve usted?—se indignó Lunny—. Lo que esperaba...

Pero su esperanza, por descabe-

llada que hubiera sido, no alcanzaba la altura de la realidad, como quedó enterado, después de besar a Janie y saludar temeroso a las severas caras que le escrutaban.

—¡Janie, Janie! Supongo que estarás sorprendida.

—Sí, señor; todos estamos sorprendidos — puntualizó el senador.

Marta trató de presentarle a la Smettana, pero fué inútil, pues con gran desaliento de Janie, confesaron que ya se conocían. La cantante no perdió un minuto, ni un ápice de su ira.

—¿Verdad que acaba de decirme que su mujer es esa muchacha fea con quien estaba bailando?—así lo afirmó—. Pues esta señora dice que está casado con ella.

—Y dice la verdad.

—¿Admite usted que está casado con las dos?—preguntó el senador.

—Pero si acabas de decir que estás casado con aquella chica—dijo Janie, en cuanto hubo pronunciado su negativa. Y el senador agregó:

—Y según madame Smettana, también está usted casado con ella.

—Yo no he dicho semejante cosa—se desesperó la aludida—. Están todos de acuerdo para complicar deliberadamente las cosas. ¡Pero yo las aclararé!

El coronel, que prudentemente

había permanecido al margen, no permitió que lo hiciera. Deslizó en el oído del director de la orquesta unas palabras que le asombraron, e inmediatamente éste anunció al público la presencia de la Smettana en el local, la cual iba a interpretar una obra de su repertorio.

El resultado no se hizo esperar y los bailarines y jugadores afluyeron al guardarropas, pidiendo sus prendas, mientras la cantante se desgañaba.

—¿Qué pecado ha cometido Spi-

nelli? Primero le hacen trampas y luego esto—se rió Sandra, mientras el coronel la ayudaba a poner el abrigo.

—Estoy dispuesta a oír tu proposición—aseguró.

—¿Te parece bien hacer otro negocio conmigo?—le preguntó éste.

Los últimos en abandonar el Club fueron Marta y el senador y los recién casados. La madre se sentía nostálgica al escuchar aquella música, y los esposos estaban firmemente empeñados en iniciar la degustación de su luna de miel.

INTERMEDIO

CUANDO llegaron a la casa de Marta Prescott, todavía no había logrado el senador averiguar el lío en que Lunny había estado metido, y todos sus esfuerzos para conseguirlo se estrellaron contra la voluntad de éste en callarlo. Los dos jóvenes subieron al piso superior para recoger el equipaje, y el comedor recibió a Marta y a su amigo, que protestó de su confusión.

—¿Sabes lo que hago cuando las cosas son demasiado confusas?— aconsejó Marta—. Procuero olvidarlas por completo y con el tiempo se aclaran por sí solas.

—¿Con el tiempo?— meditó el senador.

Lunny y Janie habían perdido dieciocho inapreciables horas de las

cuarenta y ocho que tenían. El esposo se dejó caer malhumorado en el diván y atrajo hacia sí a Janie, con lo que inmediatamente se disipó su malhumor.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no pasamos aquí el resto de la noche y salimos de viaje por la mañana?

—No podemos quedarnos aquí, con mamá, el senador y los criados. Me gustaría que tuviéramos un piso nuestro.

—Sí, a mí también. Ya he hablado a papá de eso y dice que procurará encontrarnos uno, pero no ha tenido tiempo aún.

—Ya lo sé. No te preocupes, estaremos en el campo dentro de una hora, Lunny.

—¿Por qué tenemos que perder una hora?—rezongó el joven.

Pero la promesa que se leía en los ojos de Janie no fué expresada, puesto que el teléfono de la habitación sonó con insistencia, sobresaltándolo. Púsose en pie de un salto la joven y respondió a la llamada.

—Diga... sí... Bueno, ahora voy.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que marcharme.

El gemido de Lunny la hubiera enternecido en otra ocasión, pero en aquélla fué diferente. Aprisa, abrió un armario, se puso una gabardina de corte militar, un casco de acero y se pasó por los hombros la careta antigás. Sin detenerse siquiera le besó la parte que encontró más a tiro, que fué la nariz, y corrió hacia la puerta.

—¿Dónde vas ahora?

Antes de cerrar, le gritó:

—Pertenezco a la defensa anti-aérea y tengo que entrar de servicio. Estaré de vuelta antes de una hora.

—¿Una hora?—amenazó Lunny, que ya estaba solo y tuvo que contentarse con sentarse de nuevo en el diván y esperar, esperar...

El activo coronel y la no menos dinámica Sandra entraron en la taberna en donde les había citado Eddie. Este estaba sentado ante una mesa y apuraba la espera y el vaso

de whisky que tenía delante. Los recién llegados lanzaron una mirada a su alrededor y cambiaron unos burlones comentarios, sin temor de ser oídos por la clientela, compuesta de marineros, obreros y mujeres de baja estofa.

—¡Hola, pequeña! ¿Qué hay, Héctor? —saludó cordialmente Eddie sin levantarse.

Sus amigos le saludaron asimismo y ocuparon una silla cada uno, adoptando el aspecto de unos alegres conspiradores. Sandra sacó de su bolso unos billetes, que alargó a Eddie, diciendo:

—Aquí tienes tu parte.

Eddie no se molestó en contarlos y los hizo desaparecer de la vista.

—Gracias. Pienso salir de la ciudad mañana, antes de que Spinelli se dé cuenta de todo.

El coronel se derribó el sombrero de copa hacia la nuca y se apoyó en su bastón, después de depositar un paquete de papeles artísticamente impresos.

—Puede que cambies de parecer cuando sepas lo que planeo. Tenemos que vender esto a Pedro Warrington en seguida.

Eddie hojeó aquello con una mueca despectiva y se lo guardó en un bolsillo con la misma rapidez que los billetes.

—¡Acciones internacionales de

cobre! ¡Ah, Héctor! Son preciosas, pero no va a ser tan tonto que las compre.

—Tenemos que convencerle de que valen con el mismo truco que empleamos en San Luis.

Eddie recapacitó en la proposición antes de decidirse. Sandra se pintó los labios mientras tanto y el coronel miró a su compinche especulativamente.

—Puede ser—dijo finalmente—; no tengo más que telefonar al que imprime el informe de bolsa.

Sandra emitió un murmullo de aviso, a tiempo que un camarero se presentó a ellos y pasó un trapo sobre la maltratada mesa. Los dos hombres callaron en el acto y el coronel exclamó impaciente:

—Vuelva luego, amigo.

En cuanto hubo obedecido, reanudaron la conversación. Sandra golpeó el bolso, muy animada por el porvenir que tenía lo que encerraba.

—Yo puedo prestar diez mil dólares para empezar.

—Y Lunny se encargará de las negociaciones—añadió el coronel.

—¿Crees que aceptará entrar en un egocio así?—dudó Sandra.

—Si lo sabe, no; hemos de engañarle. Después de todo se le va a devolver su dinero. Tenemos que hacerle creer que en esas minas de cobre se ha encontrado una veta.

—El periódico se encargará de ello.

—Eso es.

El negocio estaba consumado, en potencia cuando menos. Los tres compinches se estrecharon la mano con gravedad para después echarse a reír. El coronel mandó acudir al camarero.

—¿A partes iguales?—preguntó Sandra.

—De acuerdo—aprobó el coronel.

—¡Magnífico! Ahora podré comprarme el abrigo que estaba deseando; ya empezaba a preocuparme cómo pagarlo.

—Ahora ya puedes contar con él.

Se repitieron las carcajadas y variaron las copas de un trago. Un marinero echó una moneda en el aparato de televisión, que inmediatamente funcionó. Mientras cantaba, una muchacha someramente vestida se agitaba en la pequeña pantalla.

—Esa chica está muy bien—aplaudió Sandra.

Se puso en pie y se detuvo junto al aparato. Entonces descubrió que la muchacha alabada no era otra que ella misma. Y por primera vez en su vida y siendo coreada por los ocupantes de la taberna, experimentó el placer de hacer un dúo con su propia voz.

* * *

Genya Smettana abrió la puerta de su piso víctima de encontradas emociones. Tras de ella penetró en el departamento el cariacontecido director de Opera a quien no cesaba de atormentar echándole en cara el ridículo hecho en el Club y la nueva desaparición de su esposo con motivos suficientes para no volver en su vida.

—Todo esto es culpa suya—repitió por centésima vez.

—Pero si su marido robó el broche de brillantes para regalarlo a otra mujer... ¿No quería usted saberlo?

Genya no quería saber nada. Entró en su dormitorio y ordenó que hicieran su equipaje, paseándose por la habitación, después, retorciéndose las manos y sacudiendo la cabeza, desolada. El director retrocedió en cuanto se le quedó mirando cara a cara.

—¡No! Y no debe recordármelo. ¡Podía ser tan feliz!... Pero usted me obligó a regañar con él y ahora tengo que marcharme de casa.

El director, desesperado, levantó las manos sobre su cabeza y balbució:

—¿Que yo la obligué?

—Tengo mi orgullo; ¿qué otra cosa podía hacer?

—Nunca ha sido digno de usted

ni lo será. Su separación será una gran publicidad.

—¿Mi separación?

—Sí.

El director ya no estaba tan seguro. En los ojos de Genya saltaron chispas tan peligrosas como un incendio en un depósito de petróleo y el pobre hombre se puso prudentemente a salvo detrás del piano, inspeccionando los contornos para asegurarse de que no había objetos arrojados.

—¿Quién ha dicho que va a haber separación?

—Tiene usted que separarse de él. He dado la noticia para que la publiquen los periódicos mientras hacía el equipaje.

—Jamás me separaré de él, ¿lo oye? ¡Jamás! Le amo y no le dejaré.

—Entonces ¿por qué ha hecho el equipaje? ¿Por qué se marcha?

—Para asustarle un poco. No llevo más que lo justo para pasar la noche. ¿Cree usted que voy a abandonar mi piso nuevo, recién amueblado?... ¿Mis recuerdos, mis pinturas, mi papel de la pared?

Señaló a este último con un ademán tan decisivo y espectacular como si estuviera sobre el escenario. Representaba el coche de Wagner, la jauría, y a su familia sentada en torno de un mantel extendido sobre el césped.

—Mire, fabricado por mí; Wagner y su familia van de merienda. Esta es Cósima, éste Sigfrido y su prima Joana. ¡Ah, Wagner, Wagner! ¡Es mi inspiración.

Y sin respeto a los vecinos, pulsó las teclas del piano y cantó con todo vigor vocal una de las partes más sobresalientes de «Lohengrin». El director, al borde del suicidio, cayó sentado sobre la maleta, se cogió la cabeza entre las manos y esperó a que le pasara el arrechucho.

* * *

Los rayos de sol de la mañana penetraban en la antecámara de Janie, iluminando el cuerpo del dormido Lunny, cuando aquélla regresó de su servicio y le besó, haciendo lo posible para despertarle. Pero el joven rechazó su mano y suplicó:

—Déjame en paz, Bob; tengo dos días de permiso.

Janie reiteró las sacudidas y los besos, exclamando maternalmente:

—¡Ah, pobrecito!... Soy Janie.

Al oír este nombre que para él encerraba toda la gloria de su amor, aunque éste hubiera sido burlado desde el día anterior, se incorporó de un salto y puso los pies sobre la alfombra.

—¡Janie! Estuviste fuera varias horas. Es muy tarde; pasó nuestra

noche de bodas. Si pudiera coger al que tiene la culpa le...

—No te preocupes, Lunny; aun disponemos de la mitad de tu permiso. Tendremos tanta felicidad en estas horas que las recordaremos siempre. Lo principal es que estemos juntos ahora. Yo sé que, estés donde estés, pensarás en mí, y tú sabes que yo siempre estaré pensando en ti.

Lunny la acarició, aunque contrariado como un chiquillo.

—Pero sería más agradable tener el recuerdo de una vida matrimonial y pensar en un pisito nuestro; en los periódicos que leíamos, en los postres de dulce que tú harías...

—Ya lo sé. Tendremos alguna vez todas esas pequeñas dificultades que hacen a un matrimonio estar unido.

Sonó el timbre del teléfono y Lunny se apoderó de él irritado, con aire de querer estrellarlo contra la pared. Era su padre, a quien ordenó que hablara de prisa porque el tiempo urgía, pero el coronel respondió:

—Escucha, hijo: tengo que verte en seguida, por las acciones de cobre. No puedo darte más detalles, porque Janie se lo diría a su madre, su madre se lo diría a Pedro y se estropearía todo. Dile que es urgente y una buena sorpresa para ella.

—¿Una sorpresa?... Sí, pero oye, papá, es que... Está bien; si me aseguras que es cuestión de unos minutos... Sí; voy a buscarte al Beberly Arms... Sí, sí, papá; ahora mismo.

Colocó el aparato en su sitio y abrió los brazos con impotencia:

—¡Janie!

Por tercera vez desde su boda surgía un contratiempo y sobraban las explicaciones.

UNA JUGADA DE BOLSA

EL coronel se detuvo junto al vendedor de periódicos que voceaba, ante el Banco de Boughton y Compañía, su mercancía y esperó a que se le aproximara con ademán invitador. Pero el coronel, rechazando el periódico que le ofrecía, le propuso lo siguiente, en tanto que sus ojos espían las personas que pasaban:

—Oye, niño: ¿te gustaría ganarte diez dólares?

—¡Claro!

Entonces el coronel, atento siempre a su vigilancia, le dió un periódico y dijo:

—Un par de amigos míos llegarán dentro de un momento. Te doy diez dólares si les vendes este periódico.

El muchacho lo desdobló y leyó las enormes letras de los titulares, que rezaban:

—«Se ha descubierto un nuevo yacimiento en las Minas Internacionales de Cobre». ¿No picarán en esto, verdad?

—Tengo apostados diez dólares a que sí.

—Está bien. ¿Cómo sabré quiénes son?

—Uno es un muchacho muy alto, rubio, vestido de marinero, y el otro un individuo vulgar, con una expresión de idiota. ¿Crees que los conocerás?

—Claro que sí, señor—le tranquilizó el muchacho en cuanto hubo parado de reír.

El coronel cruzó la puerta del Banco con el aire atareado de un

hombre de negocios que sabe de sobras que el tiempo es oro. Al pisar el gran vestíbulo simuló titubear mirando en todas las direcciones, hasta que un empleado se le acercó servicialmente.

—¿En qué puedo servirle?

—Quiero depositar un crédito aquí para mayor comodidad.

—Desde luego, caballero. ¿De qué importe?

—Pongamos... de diez mil dólares—dijo, entregándole los billetes.

La obsequiosidad del empleado se transformó en franco servilismo al ver el donaire con que el coronel se desprendía de los dólares.

—¿Y a qué nombre?

—Lunny Phylffe.

—Voy a hacerle el recibo.

El coronel ya había llenado su primer objetivo. A renglón seguido, se paseó entre los oficinistas con aire de dueño y colgó con gran desparpajo su sombrero en una percha. Notando que su hijo y Pedro le buscaban entre la gente, se inclinó hacia una atareada mecanógrafa y dijo en voz lo bastante alta para que ambos le oyeran:

—Eso está bien; la meticulosidad se paga. Tendrá un aumento de quince dólares desde hoy.— Se volvió hacia Lunny—. Hola, hijo.

Este estaba tan impresionado como Pedro. Ciertamente, jamás se

les había ocurrido a ninguno de los dos tomar en serio las fanfarronadas del coronel y entonces comenzaron a arrepentirse. Lunny, harto impresionado, contestó:

—Hola, papá. ¿Te acuerdas de Pedro Warrington? Le he comprado a Pedro las acciones que me dijiste; me las ha dado todas por un dólar sesenta y cinco.

Consideró el coronel al generoso vendedor como si estuviera loco, con lo cual creció el interés de éste y se apresuró a explicar:

—Lo que marcó el taxi; he venido aquí para ver lo que va a hacer usted con ellas. No sabía estuviera usted en relación con esta firma.

—Lo sabe muy poca gente—comunicó con veracidad el coronel.

A Lunny le ahogaba estar perdiendo el tiempo de aquella manera. Para él el asunto estaba muerto y enterrado desde que consiguió las acciones de Pedro; así pues, puso los papeles mojados en manos del coronel.

—Aquí tienes cien acciones.

—¿Cuánto fué lo que te prometí?

—Cien dólares por cada una.

—¿Cien dólares por cada acción internacional de cobre?—se maravilló Pedro.

—¿No ha leído el periódico de la

mañana?...—empezó a decir el coronel.

Se interrumpió para subrayar el efecto de su autoridad bursátil y de su intervención en los negocios de la casa, preguntando a un chiquillo, adónde iba con unos papeles. El chiquillo se quedó helado.

—A llevar estos papeles a la señora Fink al despacho del señor Haywar.

—Date prisa. ¿No ves que el señor Haywar está esperando?

—El señor Haywar murió hace una semana.

El coronel no se inmutó y lo despidió olímpicamente, como poniendo a los cielos por testigos del descuido de la organización del Banco.

—¿Murió? Pero ¿por qué no se me dicen a mí estas cosas?— Sacó un puro del bolsillo y calculó—: Bueno, cien acciones, a cien dólares cada una son...

El empleado se le acercó con una reverencia, llevando el recibo del crédito.

—Señor Phylfe, aquí está su recibo.

—Gracias, amigo; ha sido usted muy rápido y eficiente; yo mismo se lo diré personalmente al señor Boughton. Espera aquí un momento, hijo, voy a ver a nuestro cajero y me dará un cheque para ti.

Mientras tanto, Lunny había en-

contrado el titular que proclamaba el descubrimiento de un nuevo yacimiento en las Minas Internacionales. Pedro convino en que así lo ponía el periódico, cuando el coronel ordenaba al cajero que le hiciera un cheque por el crédito que había ingresado hacía cinco minutos. El hombre masculló algunas imprecaciones y el audaz padre volvió hacia Lunny, que aun leía el periódico.

—Aquí tiene su cheque de diez mil dólares a nombre del señor Lunny Phylfe.

—Se lo agradezco mucho—agradeció el coronel traspasándose lo a su hijo.

—¡Qué suerte tengo! Gracias—gritó éste, guardándose lo en un bolsillo de la marinera.

Pedro ya no sabía qué pensar.

—Déjame usted verlo.— Así lo hizo Lunny de buena gana—. Boughton y Cía., ¡un cheque auténtico!

Algo dijo al coronel —quizá la expresión de su rostro— que Pedro había picado el anzuelo o que no le faltaba mucho para hacerlo. Por si acaso, decidió forzar un poco la nota con un postrer golpe de audacia.

—Si tienes la oportunidad de encontrar más acciones como éstas, tráemelas. Tenemos intención de acaparar el mercado. Ahora tienen que perdonarme, he de ver al señor

Boughton para un asunto importante.

Y con una frescura enorme abrió la sacrosanta puerta del no menos sacrosanto despacho del financiero; atravesó una habitación y penetró, por último en el gabinete de trabajo. Sin decir una palabra se apoderó de una cerilla de la tabaquera, la raspó y la aplicó cuidadosamente al puro que había mantenido apagado entre los dedos hasta entonces. Después, agradeció el favor y se despidió de él, seemjante a la encarnación de la prosperidad y de la flema.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Boughton a su secretaria.

—No tengo la menor idea.

—Ya me lo figuro; pero ¿por qué ha entrado?

—Puede que a encender el cigarro.

Durante esta escena un nuevo personaje se agregó a la serie de espectadores boquiabiertos de las relaciones —otro de la frescura— del coronel. Fué aquél Sandra, que, según lo convenido, llevaba preparado el bocado más sabroso del cebo.

—Hola, ¿qué tal? ¿Su padre está trabajando, por casualidad?

—Sí; ¿quiere algo de él?

—No, gracias; no quiero más que verle; tengo... unas acciones que venderle.

—¿Acciones internacionales de cobre?—concretó Pedro.

—Hum, hum...—fué la onomatopéyica afirmación—, de mis recuerdos sentimentales...

—Pues ahora está con el señor Boughton en su despacho. Vamos, le diré que ha venido.

El ofrecimiento de Lunny fué interrumpido por el coronel, el cual apareció aquel mismo instante en la puerta del despacho. Con su imperturbabilidad envidiable se inclinó ante Sandra y le preguntó, haciéndoles suponer que la había citado allí.

—¡Hola! ¿me traes lo prometido?

—Sí, mil acciones —respondió, buscando en su bolso—. Un amigo me las dió como regalo de despedida y luego desapareció. Fué muy oportuno. Puede que no lo creas, pero ni dándolas a diez centavos ha querido comprármelas nadie hasta hoy.

—¿De veras? ¿Cuánto quieres por ellas?

—Quiero sacar lo más posible, pero te las doy a cincuenta dólares cada una.

El coronel disfracó su mirada de reojo con un gesto de reflexión. Pedro no dijo una palabra, pero harto se entendía su excitación. Además, un empleado prestaba tanta atención como si en ello le fuera la vida.

—Es más de lo que yo pensaba pagar—chalaneó el coronel.

—Y más de lo que yo pensaba obtener — replicó cándidamente Sandra—, hasta que supe que tú las querías.

—Muy bien, de acuerdo. Te doy los cincuenta dólares.

Aquello fué demasiado para el empleado. Se apoderó del periódico, caído en el suelo, y se presentó lealmente al señor Boughton para anunciarle las enormes e interesantes transacciones que se hacían en su Banco.

—Señor Boughton, ¿conoce usted a ese hombre que ha entrado aquí?

—No; ¿quién era?— indagó, contaminándosele su nerviosismo.

—No lo sé, pero acaba de comprar cien acciones internacionales de cobre a cien dólares cada una.

—Ese hombre está loco.

—Y ahora está comprando mil más a cincuenta.

—¡Pero si no valen nada! !

—No valían, pero ahora sí. Mire esto—y abrió el periódico ante su nariz.

El resultado de la lectura fué que segundos más tarde se encontró escuchando la discusión del coronel y de Sandra, empeñado el primero en darle un cheque de cincuenta mil dólares y la segunda en no aceptar si no era la cantidad en dinero con tanto y sonante. Entonces el coronel,

con una familiaridad desconcertante, puso al banquero por testigo.

—Me parece que no tendremos una suma tan importante en caja, ¿verdad, Boughton?

—No, desde luego, no—se dejó atrapar éste por su simpatía.

—Bueno, entonces me las llevo —replicó Sandra, encerrándolas en el bolso.

—Puedes cobrar un cheque de Boughton y Cía. en cualquier parté.

—Me molesta ir muchísimo a los bancos.

—Bueno, si no te importa esperar, voy a buscar el dinero y te lo traigo. Vamos, hijo. Muchísimas gracias, Boughton— y se despidió estrechándole la mano y poniéndole luego en ella el puro a medio fumar.

En cuanto el coronel y Lunny hubieron partido, libres ya uno y otro de sus respectivas preocupaciones, Pedro se olvidó de la ética comercial, adelantándose en ello a Boughton, y mordiéndose los labios ofreció a la joven:

—Le doy cincuenta y cinco dólares por cada acción.

—Pedro, no puedo hacer eso, ¿no cree?—se negó Sandra, acudiendo al banquero.

—Bueno, sesenta. Venga conmigo ahora mismo al Banco y se los pago.

—Pero el señor Phylffe se enfadaría conmigo si le quito las acciones.

—Más tarde se las venderé yo si realmente quiere acapararlas.

Sandra se meneó como si estuviera muy preocupada y levantó los ojos mirando con coquetería al financiero, acariciándole al mismo tiempo la solapa de la americana. Hizo una deliciosa mueca y titubeó:

—Hum... ¿Qué opina usted, señor Boughton?

Este se movió a punto de precipitarse sobre aquella fortuna que se le escapaba de las manos. El y Pedro se estudiaron de hito en hito durante unos largos minutos que a ambos se les antojaron siglos, dominados por la ambición de sus codiciosos corazones.

JUGANDO AL RATON Y AL GATO

Lo segundo que hizo el coronel Phylfe al alejarse del Banco, ya que lo primero fué enviar hacia las cúspides de los rascacielos un resoplido de satisfacción, fué saldar la deuda que tenía contraída con el vendedor de periódicos. Luego dió unas palmadas en las anchas espaldas de su hijo y lo empujó hacia el borde de la acera, afirmando:

—Bueno, Lunny, has desempeñado tu parte muy bien. Vuelve a casa a buscar a Janie.

—Menos mal que aun me quedan veinticuatro horas para mi luna de miel... ¡Taxi, taxi!

Pero llegado que hubo a la casa de Janie y se precipitó en el interior, derribando casi a la criada, tuvo una nueva desilusión. La criada atrajo

su atención de la mejor manera posible y con la cautela que se emplea con los enfermos y los moribundos, le confesó:

—La señora se ha marchado, señor.

—¿Que se ha marchado? ¿Dónde se ha ido? —gritó, volviéndose hacia la salida.

—No lo sé, señor, pero se fué con las maletas y los baúles en cuanto don Pedro se marchó de aquí. La señora Prescott debe saber algo, señor, si no lo ha olvidado.

—¿Dónde está? —aulló Lunny, tambaleándose.

—Ha salido también, señor, con el senador — y agregó compasivamente—: Pero volverán; temo que tendrá usted que esperar.

—¿Le parece que he esperado poco?—se lamentó Lunny.

No obstante, en vista de que no le quedaba otro remedio, se sentó al pie de la escalera, embotando su cerebro en la tarea de adivinar en el lugar en que Janie se hallaba, cosa que, en una ciudad de ocho millones de personas, resultaba tan ardua como buscar una aguja en un pajar.

El destino en aquel día reservaba a la familia Phyffe múltiples sorpresas. Cuando el coronel suponiendo, acertadamente, que se había ganado un descanso con todos los honores anejos a él, oyó tararear en la alcoba de su mujer una voz femenina, sintió que su corazón se ensanchaba y no le faltaron ganas de unir su canto al de Genya; y preguntó amorosamente:

—¿Estás en casa, muñeca mía?

Janie era, y no otra, la que ocupaba la habitación rodeada de los vestidos de la cantante y de un desorden que pregonaba su aposentamiento en ella. Se quedó con las manos en el aire y expresando un desaliento definitivo:

—¡Hola! No podía esperar verte aquí.

—¿No? Ni yo podía esperar verte a ti.

—Me acabo de instalar.

—Ya lo veo. ¿Te parece confortable?

—Todavía no, pero podré arreglarlo a mi gusto. Tiene grandes posibilidades.

—Eres demasiado optimista—dijo con seguridad su suegro.

—Estaré más cómoda cuando haya tirado todo esta trapería—afirmó, señalando los trajes de Genya—. ¡Qué amable ha sido tomando este departamento para nosotros! En cuanto oí decir a Pedro que venía a buscar a Lunny aquí, comprendí que ésta era la sorpresa que me guardaban y pensé sorprenderlos a los dos mudándome solita.

—Y a mí me ha sorprendido, desde luego.

La cara de satisfacción de Janie duró exactamente un segundo, y siguió recogiendo los vestidos y amontonándolos en una silla.

—Creí que podría tenerlo todo preparado para cuando viniera Lunny, pero es imposible arreglar todo este desorden.

El coronel pareció compartir todas sus dudas. Se había quedado sin aliento. Su impotencia ante las mujeres era su característica habitual.

—¿Y estaba así cuando has venido?—dijo, incrédulo.

—¡Claro que sí! ¿Sabe lo que creo? Alguna mujer salió precipitadamente. He encontrado varios vestidos en el armario y todo revuelto; seguramente perseguida por la po-

licía y por este perfume adivino por qué.

—Ese perfume cuesta cincuenta dólares el frasquito—declaró una voz.

El coronel cerró los ojos. En la puerta, apoyada en la jamba con los brazos cruzados, se había detenido Genya con la corriente expresión de una mujer que encuentra a otra en su habitación revolviendo sus vestidos y poniendo en entredicho su honestidad, amén de estar acompañada por su marido. Janie también se sobresaltó, pero por distinta razón.

—¡Dios mío ¿Otra vez usted? ¿Cómo se las ha arreglado para entrar aquí?

—Con mi llave, señora—repuso, haciéndola tintinear.

Los ojos de Janie fueron de la llave al coronel, que se empequeñecía perceptiblemente, rogando al cielo que le salvase del apuro.

—¿Tiene una llave de mi piso?

—¿Su piso?—tartamudeó Genya, dirigiendo sus tiros contra su esposo—. ¡Con que ahora has instalado aquí a una mujer! ¡Al momento de volver yo la espalda!... ¡No podrás convencerme con tus embustes esta vez! ¡Mis cosas!... ¡Mis mejores sombreros y vestidos!...

—Usted perdone...—suplicó Janie—. No lo hice por molestarla...

Como he visto que eran tan anticuados... Este, por ejemplo...

Exhibió un sombrero negro de forma, aunque rara, elegante. El coronel pensó que si las cosas iban por aquel camino, el desenlace no se haría esperar.

—He pagado doscientos dólares por ese modelo.

—Pero ¿cuánto tiempo hace?

—Un mes escaso.

—Yo he visto este modelo lo menos hace dos años. ¿Por qué no le quita esto que hace tan feo?— Le arrancó varios lazos—. Mire, así está mejor, ¿no le parece?

Así continuaron durante un buen rato, sin que el coronel las serenara ni topara con una salida para la situación, que se entenebrecía más y más. Como remate, sonó el timbre y Janie corrió a abrir creyendo que era Lunny, pero resultó ser Sandra, la cual, con su despreocupación usual, se lanzó a los brazos del coronel, le besó y luego bailó por el cuarto.

—Mira qué precioso es mi abrigo nuevo. Eres un encanto por proporcionármelo.— La figura de Genya tuvo la virtud de frenarla—. ¡Ah, qué sorpresa! No la había visto. Sé lo que está pensando, pero se equivoca.

Por suerte había entregado al coronel un fajo de billetes, cosa que,

claro está, asombró a Genya y le hizo inquirir más suavemente que durante la escena anterior:

—¿Podría usted explicarme esto?

—Somos compañeros de negocios, ¿lo ves?—preguntó el coronel, enseñando los billetes y ya aliviado por aquella parte.

—¿Y esa mujer?

—Es mi papaíto—apresuróse a decir Janie.

—¿Qué!

El coronel abrió los brazos y, aunque contristado por el obstáculo que creía iba a brotar entre ambos, se decidió por una confesión general mientras Genya le enviaba una de sus turbulentas miradas.

—Temí que no te casaras conmigo si sabías la verdad, y es que no tengo cuarenta y dos años.

Genya se dulcificó tanto que casi resultó desconocida para los tres espectadores de su metamorfosis. Pero aun no había perdido toda su altivez al acusar:

—No pensarás que me lo he creído nunca, ¿verdad?

Janie se quedó entonces sin saber qué hacer, estando íntimamente convencida de que había sido un juguete del destino en el intercambio de confianzas que le apabullaba y que súbitamente había dado una nueva dimensión a su existencia.

—Entonces, ¿es usted su mujer?

—¡Desgraciadamente! —fulminó la cantante, más wagneriana que nunca.

Pero el arrebató siguiente de Janie la pilló completamente desapercibida. La joven la estrechó con un frenesí convencional entre sus brazos.

—¡Madre!

—¡Qué!—se espantó Genya, deshelándose toda la pasión.

—¿Y este broche es realmente suyo?

—Sí, pero es mi regalo de bodas. ¡Quédese!

—No, no puedo hacer eso, señora.

—¿Por qué no, nena?

Advirtió el coronel que su esposa se había impuesto rápidamente en su reciente papel de madre, con harta satisfacción, hay que decirlo. Pero el interesante diálogo que iba, sin duda, a tener lugar a continuación, vióse interrumpido por la llamada del teléfono situado en el salón de la casa. En menos que canta un gallo se llegó hasta él y lo descolgó:

—Diga.

—¿Diga?

El que telefoneaba era Lunny, en uno de sus peores momentos de impaciencia.

—Hola, papá. Oyeme: ¿está Janie ahí?

—Sí; ha venido a instalarse. Parece ser que hubo una confusión.

—Lo sé, ya me lo han contado —colgó el joven el aparato y dijo a la criada—: Me voy.

El coronel volvió a la habitación, en donde las mujeres habían alcanzado su grado perfecto de cordialidad.

—Era Lunny.

—¿Dónde está?—gritó Janie con avidez.

—En tu casa todavía.

Con unas palabras de excusa la recién casada les rogó que abandonaran la habitación, ya que iba a cambiarse. Poco después cruzaba ante ellos con un maletín en la mano y apenas se tomó la molestia de despedirse.

EL LIO DE LAS ACCIONES

Cierto caballero obeso se acercó con dificultad a la conductora de un taxi y le preguntó la distancia que le separaba del museo. Tal cosa ocurría en las cercanías de la casa de Janie. Al ser informado que únicamente le separaban dos manzanas, introdujo su voluminosa persona en el coche y dió la orden de partida. Pero en aquel momento sobrevino Lunny y abrió la portezuela con el inusitado vigor que presta la impaciencia, una luna de miel y mucho amor.

—Perdone, pero es un asunto urgente. Tiene que llevarme, no voy a ningún sitio apartado.

—Suba usted; todo por un hombre que está en servicio—le complació.

—Gracias. Beberly Arms—mandó a la conductora.

* * *

Sandra informó a Genya la procedencia de aquel montón de dinero y de la venta, por consiguiente, de las acciones de cobre; horrorizóse de que la conciencia de su esposo no se turbara ante ciertas empresas, que ya había jurado abandonar para siempre. No obstante, el coronel andaba errado en una cosa; respecto el nombre del comprador; pronto su hijo se encargó de desengañarle, aun cuando sin poner nada de su parte, es verdad.

Janie y Lunny casi se cruzaron en la puerta del hotel. La joven tomó el mismo taxi que acababa de aban-

donar el marinero, emocionando al caballero grueso con los ojos y obteniendo ser transportado a la plaza Havemeyer.

—¡Qué coincidencia!—dijo, ras-cándose la cabeza el buen hombre—. De allí vengo ahora, acabo de...

Pero, percatándose de que la joven no le escuchaba, optó por el mutismo. Lunny compareció en la extraña reunión del departamento de la cantante sin más aliento que el preciso para gritar:

—¿Dónde está Janie?

Sandra, Genya y el coronel apartaron los vasos de licor de su boca.

—Ha ido a su casa para buscarte.

Lunny se acordó, con un lamento, de que el plazo de su permiso se acortaba como si tuviera alas y se dispuso a abandonarles, pero Genya se lo impidió interceptándole la salida.

—Lunny, no te vayas. Ahora comprendo todo lo ocurrido.

—Te devuelvo el dinero de las acciones—declaró solemnemente el coronel.

—Gracias, papá—y reconoció, embolsándolo—: Aunque me lo habías dicho, no lo esperaba.

—Ahora tome usted una copita—ordenó Sandra, escanciando una bebida en un vaso.

—No, gracias; tengo que ir a casa a buscar a Janie.

Pero en vano intentó vencer su obstinación, y quieras que no hubo de aceptarla, precisamente cuando Janie saltaba del taxi y pulsaba con desesperada energía el timbre. El caballero obeso se enjugó el sudor y exclamó:

—¡Vamos, salga de aquí antes de que venga otro invasor!

Así lo quiso hacer la conductora, pero el auto quedó atascado junto a la acera entre dos coches. Y así fué que Janie se enteró de que Lunny había salido corriendo con mucha prisa, y después su madre, para conocer el piso nuevo, pilló de nuevo el taxi.

—Perdone, señor, tengo que volver.

—Por lo menos déjeme en el museo—suspiró el hombre gordo—. Es que mi mujer está esperándome allí.

—¿Cuánto tiempo lleva usted casado?

—Ocho años.

—Le esperará.

—Sí; ése es mi miedo.

Martha y Pedro dieron con Lunny en casa de Genya, en donde aun estaba bebiendo. Y notando la entrada de la pareja sin Janie, sus ilusiones se volatilizaron.

—¿Janie no viene con ustedes?

—¿Es que no está aquí?

Les relató lo acontecido y Marta le recomendó:

—¿Por qué no vas a buscarla?

—Ahora mismo voy. Telefo-
ne, por favor, y que me espere allí.—
Después sacó el dinero y dijo—:
Aquí le devuelvo lo de sus acciones,
como prometió papá, y Janie tiene el
dinero que perdió usted en el Club.

—Lunny, hijo, espera; tenemos
que explicarnos todo lo que ha pa-
sado—ordenó su suegra—: Escucha,
hijo: Pedro y yo os hemos engañado
con esta historia. No vendió mis ac-
ciones de T. W. Y yo no perdí cin-
cuenta mil dólares en el Club 59.
Todo fué una invención.

El coronel lanzó un silbido. Lun-
ny se paró, Sandra dejó de beber y
Genya miró de un lado para otro.
Todo había resultado una invención,
una invención de mal gusto.

—Pero ¿de dónde sacó usted esas
acciones internacionales de cobre?
—murmuró el coronel, bebiendo un
trago para recobrase.

—Pedro me las dió para hacer el
cuento más verosímil.

—Y luego las volvió a comprar en
setenta mil dólares.

—¡Qué tontería! — protestó Pe-
dro—. ¡Yo no las volví a comprar!

El coronel se encaró con Sandra,
la única que podía saber el origen
de los billetes que quemaban los
bolsillos de Lunny. Se encogió la jo-

ven de hombros y aseguró con indi-
ferencia:

—Desde el momento que las he
vendido, ¿qué importa quién las
compró?

—¿Quién ha sido?—gritó el co-
ronel.

—Boughton.

—¿El presidente de Boughton y
Compañía?

—Sí; quiso adelantarse...

En realidad le habían robado el
dinero. Cuando Lunny se enteró de
ello, su rostro se ensombreció.

—Papá, ¿no era verdad lo que de-
cías que se había descubierto un
nuevo filón en las minas de cobre?

—¡Pues claro que no!—se encar-
gó de replicar Pedro—. Pero no le
pregunte a Boughton lo que valen
las acciones, se las venderá en el
doble de lo que pagó.

—De todas maneras tenemos que
devolver el dinero.

—Yo me encargaré de ello—afir-
mó su padre, metiéndolo en su bol-
sillo.

El dinero, naturalmente, permaneció para siempre en poder del co-
ronel, pero esto era algo que no po-
día adivinar Lunny en su precipitada
marcha. Llegó a la puerta giratoria
del hotel en el preciso instante en
que Janie, tras de despedirse del
hombre gordo, saltó en dirección de
ella. Ambos jóvenes dieron vueltas

en su interior, del que no podían salir, mientras que el ocupante del taxi prometía una recompensa a la conductora si ponía el coche en movimiento en un abrir y cerrar de ojos. Pero fué inútil, se había acabado la gasolina.

Presenció, por consiguiente, el abrazo de los recién casados y sus demostraciones de júbilo. La gasolina había llegado; sin embargo, era demasiado tarde para marcharse sin ellos, puesto que entraron en el taxi.

—Vuelta a la plaza Havemeyer—suspiró el hombre gordo.

La felicidad que empezaban a saborear Lunny y su esposa, reinó en el departamento de Sandra. Los contratiempos habían huído para siempre del futuro de todos y charlaban como buenos amigos, llevando la batura, como de costumbre, Marta.

—Yo cantaba también cuando era niña. Claro que lo hacía mejor que ahora. Todo el mundo decía que podía hacer algo con mi voz.

—Pero no decían qué—profetizó Sandra irónicamente.

—No—repuso la madre, asombrada de su penetración.

—Yo tenía dieciséis años cuando me presenté en público y desde entonces dijeron los críticos que iría muy lejos—anunció Genya.

—No me extraña que lo dijeran—exclamó la incorregible Sandra.

Sonó el timbre de la entrada y Genya dió paso a unos periodistas con una efusión muy distante de su humor habitual. Los reporteros querían averiguar lo que había de verdad en su separación, como su manager les había telefonado.

—Pasen—invitó la cantante—. Pueden verlo ustedes mismos. Les ofreceré una copa mi marido.

Mientras el coronel recibía una caricia de su amorosa mujer, los periodistas aceptaron sin hacerse rogar dos veces las copas que les ofreció el simpático sinvergüenza.

En cuanto a Lunny y Janie, pues habían llegado a la plaza de Havemeyer y desearon de todo corazón al angustiado caballero obeso toda suerte de felicidades para su viaje hasta el museo.

—Esperamos volver a verlo alguna vez—concluyó Janie.

—No lo pongo en duda, pero yo no me arriesgo más. Voy andando.

Y de sus intentos de libertad personal y de reunirse con su adorada costilla, saboreó finalmente la amargura de tener que pagar la no despreciable cantidad de seis dólares con ochenta que entregó de no muy buen talante.

La criada de Marta Prescott, cuya alma romántica había estado pendiente de un hilo durante aquellas idas y venidas, alegró su cara al ver-

los entrar, por fin, juntos; pero así que le hubieron comunicado su pensamiento de dirigirse a Bair Cliff, sacudió la cabeza, como rechazando la idea de comunicar la partida de los recién casados a su madre. Pero muy otro era su objeto, pues tímidamente apuntó:

—Se lo diré si usted me lo manda, pero teniendo tan poco tiempo, yo en su lugar no perdería más horas tomando automóviles.

—¿Qué haría usted, Flora?—preguntó Lunny.

—No está mal este piso para quedarse en él.

—Tiene razón, ¿no crees?—indagó el joven, mirando a Janie.

Indudablemente la tenía y aceptaron el consejo, subiendo la escalera hacia el piso superior, en tanto que Flora enviaba en pos de ellos un

suspiro de dicha frustrada por el celibato soportado de mala gana.

Cuando el hombre grueso distinguió la puerta del anhelado museo, asimismo pudo advertir la presencia de una corpulenta y enfadada mujer, que no le costó mucho reconocer como a su esposa. Se quitó el sombrero y se dió aire, a punto de ceder a sus ganas de echarse a llorar.

—Bueno, me ha resultado la diversión completa.

Su esposa se le encaró hecha un basilisco.

—He estado esperándote tanto tiempo en el museo que empezaban a tomarme por un objeto de exhibición. ¿Dónde estuviste?

—No me atrevería a decírtelo.

Porque, amigos míos, la credulidad tiene un límite.

EPILOGO

DONDE están?
Flora dejó el paso libre al senador y quiso apoderarse de su sombrero, que el preocupado caballero no soltó.

—¿La señorita Janie y su esposo, señor?—preguntó.

—Sí, sí; ellos. ¡He de verlos en seguida!

El corazón de la criada dió un vuelco en su pecho. ¿Qué podía haber acontecido para que el senador, generalmente un hombre muy cortés, olvidara su majestuosa apariencia y mostrara tanta ansiedad?

—¿Ha ocurrido algo malo, señor?

Pero su interlocutor agitó su sombrero, como si vitorease a un invisible héroe, que debía ser él mismo, a juzgar por lo que respondió:

—Buenas noticias. He conseguido que le trasladen a otro barco, pero debe salir inmediatamente.

«¡Váyase lo uno por lo otro!», pensó Flora. Y para ganar tiempo, o porque verdaderamente la noticia la conturbaba, repitió:

—¿Inmediatamente?

—Sí, sí; ¿dónde están?

La criada miró a la parte superior de la casa, como pidiendo a los recién casados que confiaran en ella para desorientar al senador. Porque se le había ocurrido una idea que a ella misma le deslumbraba.

—Pues... se han ido... a Briar Cliff.

—¿Briar Cliff? ¡Qué mala suerte!

Y mientras que el senador giraba sobre sus talones y se disponía a emprender otra carrera por las ofi-

cinas militares y desembrollar el lío en que se había metido, un suspiro de humilde gozo brotó de la boca de Flora. No en balde había sabido arreglar los asuntos sentimentales de los jóvenes precisamente en donde habían fallado los demás.

* * *

Los periodistas brindaron a la salud de los presentes y el contenido de sus vasos no pudo resistir el ataque de su sed. Vueltos a llenar, uno de ellos, bajo y gordo, se aposentó en la silla del piano y anunció a Genya:

—Usted y yo somos casi lo mismo.

—¿Sí?

—Usted es intérprete de Wagner y yo también lo soy, señora.

La animación hizo brillar los ojos de la cantante. Encontrarse un colega que admirase a su compositor favorito no es cosa de cada día en estos tenebrosos tiempos de ignorancia.

—¿Dónde ha interpretado a Wagner?

—Cantando «Tanhauser» en College.

—¿«Tanhauser»?—exclamó con delicia—. ¿Qué parte cantaba usted?

—Era el peregrino de la izquierda en el coro de los peregrinos. Va usted a ver.

Clavó los dedos en las teclas del piano con innecesaria energía y su voz de bajo retumbó en los oídos de todos. Genya se enardeció al escuchar la música y cantó la parte de la diva, y por un sentimiento parejo, Marta agregó su débil y chillona voz. Finalmente, todos, menos el coronel, que estaba aterrorizado por aquel atentado contra el buen gusto, unos burlonamente, otros en serio, destrozaron el «coro de los peregrinos»...

La familia Wagner pintada en el papel de la pared, oyó aquel rugir y tronar. El compositor movió su cuerpillo de colorines y dió la señal de partida a su familia, entrando en el coche de caballos, que poco más tarde volaba por todos los espacios libres de los tabiques de la habitación, seguido por la mirada envidiosa del coronel, el cual para vigorizar su estoicismo bebió la cuarta copa de aquella mañana.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gené Raymond
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagl
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Víctor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Ruhmar

SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cay Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
El signo de la Cruz	Fredric March
El asesino invisible	Walter Abel
Los dos pilletes	Jacques Tavori
Pygmalion	Leslie Howard
María Estuardo	Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo prefiero millonario	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Níger	Víctor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Mickey Rooney
Fruto dorado	Clark Gable
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irene	Ana Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL
2 ptas.

La última fallá	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Rápteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	I. Argentina C. Gardel
Misterio en la Marisma	Tony D'Algy
Rosas de otoño	M. F. L. Guevara
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Josita Hernán
Un enredo de familia	Mercedes Vecino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Luchy Soto
Mi enemigo y yo	Josita Hernán

SELECCIONES
BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del desoo	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Gerona
Otoño	Roberto Rey

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hor)
RAMIRO RUIZ «RAFLES»
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NIÑO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO

NISO DE MARCHENA
RAMPER
NISO DE UTRERA
PILARIN ARCOS
NINA DE LOS PEINES
CURRO CARMONA
GUERRITA
TRIO HUAPANGO
COJO DE HUELVA
MARTA FLORES
MANOLO «EL GAFAS»
JOSE SEGARRA
PEPE BLANCO
CARMELA MONTES
TOMAS DE ANTEQUERA
HUGO DEL CARRIL
GRACIA DE TRIANA
NISO DE AMADEN
ROSARIO LA CARTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDA-
LUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Ago-
tado)

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su Orques-
ta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta
(Agotado)-
JAIME PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-
HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ- HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GOZALBO-LLORENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABRIL-BONET DE SAN PEDRO
BERNARD HILDA

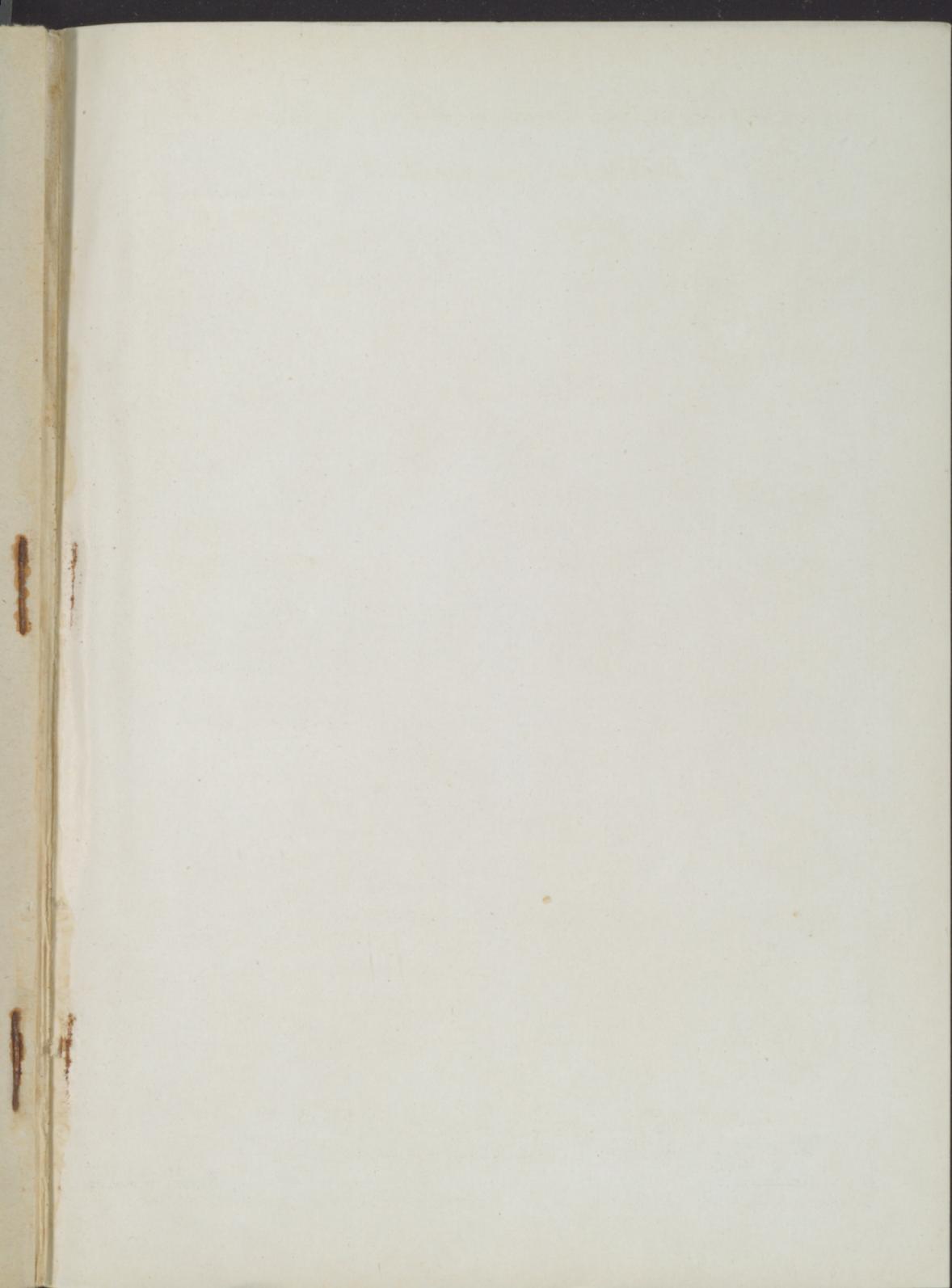
MUSA ARGENTINA
SEPULVEDA - R. BOLUDA
M.ª LUISA GERONA - MARY MERCHE
Y TERESITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSE VALERO
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 2)
ORQUESTA DE-MON
MARIO GABARRON
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES

Pedidos a

Editorial ALAS

Apartado 707

BRREBONR





2'50 ptas.

IMPRESA COMERCIAL
VALENCIA, 284. - BARCELONA